



Argumento y diálogos de
LUIS F. ARDAVIN

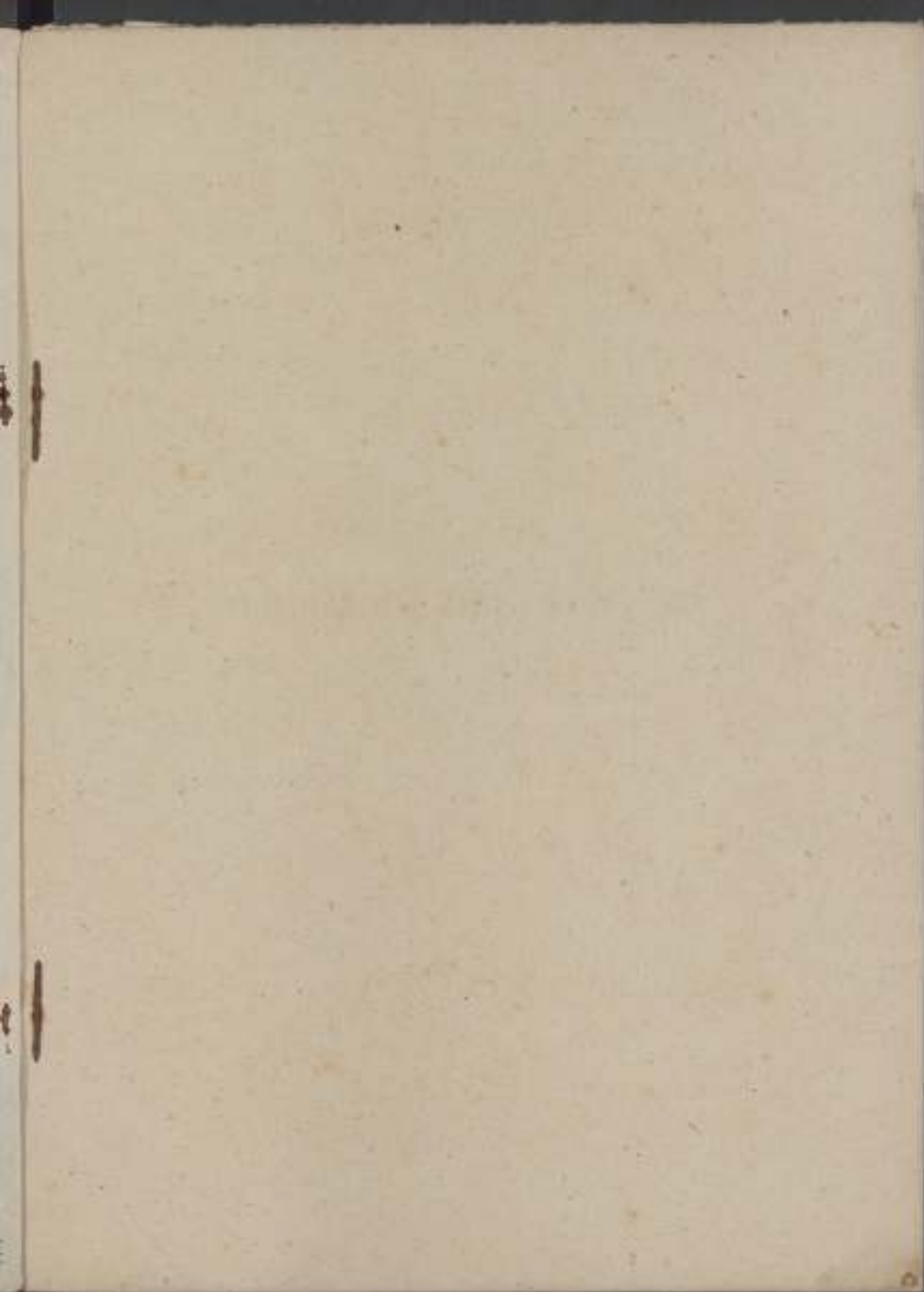
Lina YEGROS

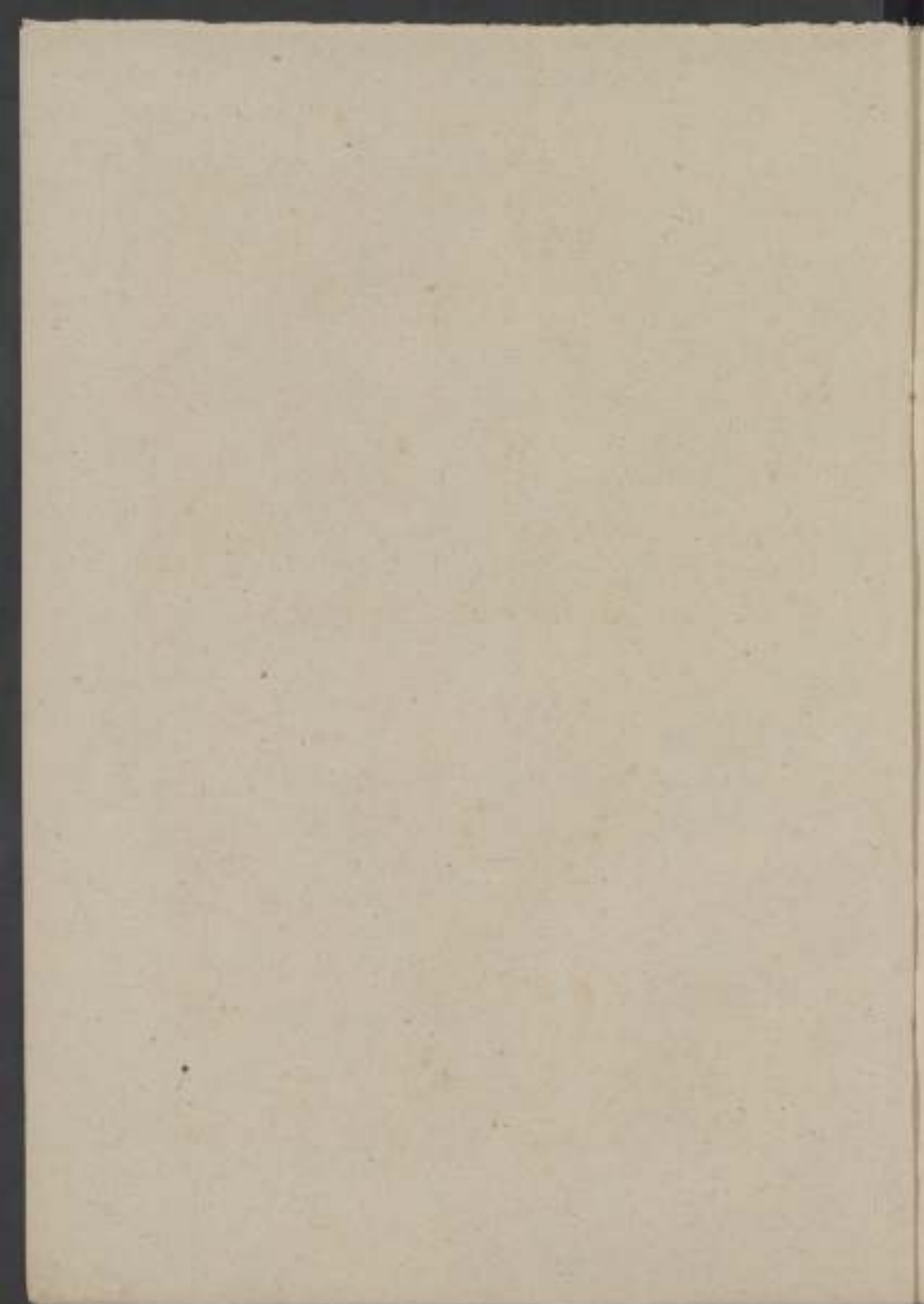
La DAMA del ARMIÑO

Jorge MISTRAL

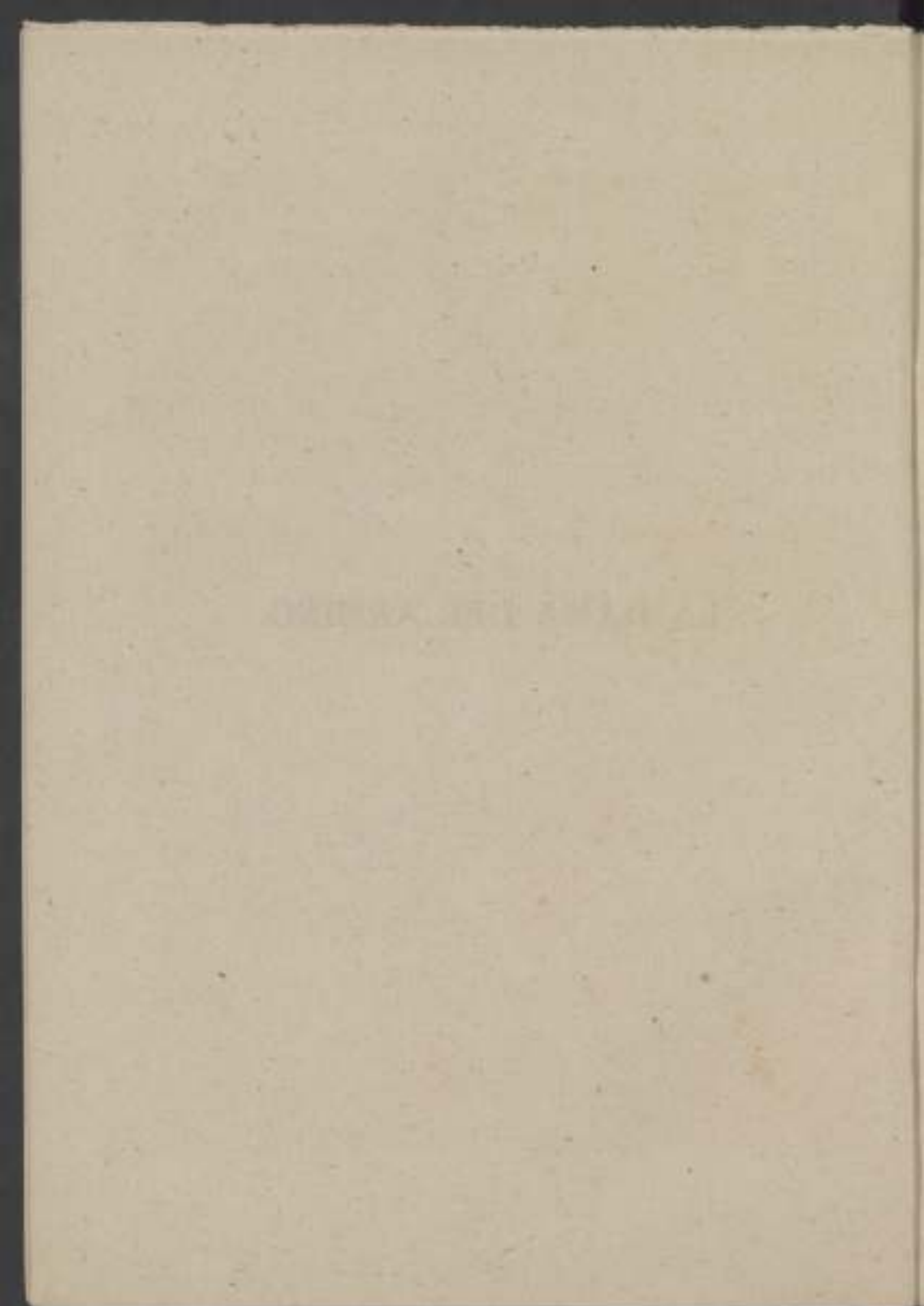
Alicia PALACIOS

La Dama
del Armario





LA DAMA DEL ARMIÑO



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

LA DAMA DEL ARMIÑO

Adaptación cinematográfica de la obra del celebrado
dramaturgo y poeta LUIS F. ARDAVIN

Argumento y diálogos
LUIS F. ARDAVIN

Adaptación
RAFAEL GIL y LUIS F. ARDAVIN

Fotografía
MANUEL BERENGUER

Dirección
EUSEBIO F. ARDAVIN

Producción y distribución


SUEVIA FILMS
CESAREO GONZALEZ

FICHA TECNICA

Dirección	Eusebio F. Ardavín
Argumento y Diálogos	Luis F. Ardavín
Adaptación	Rafael Gil y Luis F. Ardavín
Jefe de Producción	Juan N. Solórzano
Fotografía	Manuel Berenguer
Decorados	Enrique Alarcón
Segundo Operador	Juan Marinet
Ayudantes Dirección	César F. Ardavín y Luis Berraquero
Vestuario	Manuel Comba y Eduardo de la Torre
Música	Maestro Lehoz
Maquillador	W. Tourjansky y F. Puyol
Montaje	Gaby Peñalba
Atrezzo	A. Luna
Ingeniero de sonido	C. Rochet
Estudios	Sevila Films, S. A.
Laboratorios	Madrid Films
Producción y Distribución	Suevia Films - Cesareo González

FICHA ARTISTICA

Catalina	Lina Yegros
Jarifa	Alicia Palacios
Samuel el Joven	Jorge Mistral
El Greco	José Prada
Gregoria	Julia Lajos
Don Luis Tristán	Eduardo Fajardo
Fray Hortensio Paravicino	F. Fernández de Córdoba
Andrés	José Iaspe
Samuel el Viejo	Fernando Fresno
Abraham	Arturo Marín
Job	Félix Fernández
El Zurdo	Fernando Aguirre
Ludovico Palermo	Pedro Barcal

y

DON RICARDO CALVO,
en el papel de EL GRAN INQUISIDOR

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. J. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

La dama del armiño

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Día del Corpus Christi en Toledo, la Imperial, allá por el año de gracia de 1586. Al vuelo repicaban las campanas en una alocada algarabía de sonos, invadiendo, con sus tañidos graves y profundos, desde lo alto de las torres de la gótica Catedral, los tortuosos callejones morunos de la ciudad famosa por cien razones e imperial por su elevada alcurnia.

En una de aquellas calles silenciosas y recogidas, que despertaban hoy al eco de la voz de las campanas, de aquellas calles sombreadas por los altos paredones de las casas que sólo abrían la graciosa ojiva de sus miradores a muy elevada altura del suelo, vivía Dominico Teotocópuli, conocido por el sobrenombre de "El Greco", pintor de la Casa Real, encanecido en España al servicio de Su Majestad, el

pintor célebre por su peculiar estilo y por la gran realidad de sus concepciones.

Hallébase aquel día trabajando ahincadamente en un cuadro de regular tamaño que representaba a una dama de singular belleza, envuelta en una capa de armiño. Dominico immortalizaba en el lienzo el retrato de su hija a quien los siglos futuros conocerían con el nombre de "La Dama del armiño".

Catalina, la hija del Greco, era el único amor terrenal que tenía aquel hombre que, venido de lejanas tierras, había recalado en España atraído por la maravilla de sus colores, por el encanto de su religión y por el hechizo de su corte. El Greco se inspiró, durante muchos años, en los rostros de asceta de la vieja raza castellana, en las figuras graves de los monjes que

entregaban su vida entera al servicio de Dios y que habían de hacer crecer en él su religiosidad e inspirarle sus concepciones de Santos, anacoretas y mártires. Sumido en la sublimidad de su arte y en la rigidez de una religiosidad sin tacha, Catalina era el único lazo terrenal que le unía a la vida. Adoraba a su hija y hubiera sacrificado su vida toda por su felicidad.

—Descansa, hija mía, si te place—dijo a Catalina el pintor, después de mucho rato de tenerla inmovilizada, en forzada postura, para ir él trasladando al lienzo la deliciosa figura de "La Dama del armiño".

—No, padre, no estoy cansada... Aunque pareceme que ya el Santísimo sale de la Catedral y será forzoso dejéis los pinceles para aco- marnos a adorarle.

Repicaban, en efecto, más alegres y gozosas las campanas de la Catedral, anunciando la salida del Santísimo que iba a recorrer las calles toledanas bajo una lluvia de flores y rodeado por la luz de centenares de antorchas y por el entusiasmo de un pueblo que se postraba, siniso, a su paso para adorarle.

Al repique de aquellas campanas entró precipitadamente en el estudio Gregoria, la duña de Catalina,

mujer vehementemente y exaltada que dijo a sus amos:

—¿Pero no oyen sus mercedes? ¿Qué hacen ahí tan recogidos cuando el pueblo todo se ha echado a la calle y la ciudad entera reluce como un ascua de oro? ¿Que hasta en el día del Corpus mi señor haya de estar trabajando! ¡Pecado es, de los grandes, y habrá de confesarlo!

—No es trabajo trabajoso el mío, sino placentero—replicó el Greco, recogiendo con calma sus pinceles—. Y como tal no de los que veían los Santos Mandamientos. En todo caso Dios me lo perdonará por merecimientos y virtudes de Catalina.

Sonó en aquel momento un vivo toque de aldabón en la puerta del zaguán y Gregoria se asomó a la ventana por ver quién llamaba con tanta energía:

—Son los invitados que vienen a ver la procesión... Fray Hortensio Paravicino, vuestro confesor, don Luis Tristán, vuestro ayudante, y ese caballero italiano que siempre le acompaña... Por cierto el don Luis tan endomingado y presuntuoso como siempre. ¡Y traen prisa, según veo!—añadió, al escuchar el segundo aldabonazo—. No querrán perder ripio de la solemne fiesta...

—¿Dijisteis a don Luis que viniese?—inquirió Catalina, mientras

la dueña corría a abrir la puerta.

—¿Podría no hacerlo? — replicó su padre, como excusándose por el desagrado que notaba en las palabras de su hijo—. Ya es como de la familia. Se trata del predilecto de mis discípulos. ¿No te complace, acaso, su venida? Llégate acá, hija mía... Siento desear de purificar mis labios besándote la frente—añadió, avanzando hacia ella y besándola con ternura y respeto.

Los invitados entraron en el estudio cortésmente. Dominico avanzó hacia ellos y les devolvió cortesía por cortesía:

—Bienvenidos sean a mi casa quienes tanto la honran.

—Maestro — dijo Tristán, envolviendo a Catalina en una muda y larga mirada de admiración—. Nunca he sentido instintos paternales, pero ahora, viéndolos así con tan blanca azucena entre los brazos, me parecéis el ser más afortunado de la tierra.

Catalina no aceptó de buen grado la galantería, pero sonrió agradecida más por educación que por halago.

Fue Gregoria la que les interrumpió en el diálogo anunciando que la procesión se hallaba ya muy cerca y que pronto pasaría por debajo de las ventanas de la casa.

Se escuchaban ya los clarines que

anunciaban el paso del Santísimo por las calles toledanas y la multitud se apiñaba más y más a lo largo de las paredes de las casas, buscando el primer término para ver mejor la procesión. Las campanas repicaban sin cesar desde lo alto de sus torres y la música llenaba el aire de sonas marciales.

—¡Día del Corpus en Toledo!— exclamó Teotocópuli contemplando el espectáculo admirable que se desplegaba a sus ojos en una alocada algarabía de colores que forzosamente debía despertar su entusiasmo artístico—. A no ser allá, en Roma, la Ciudad Eterna, antorcha del mundo y luz de nuestra patria, nunca mis ojos se recrearon con tan sorprendente embriaguez de colorido.

Catalina asomaba también su rostro encantador por la ojiva de la ventana. No se había despojado aún de su capa de armiño ni de la mantilla que envolvía su cabeza y era, así vestida, como la mágica visión que sólo un pintor maravilloso pudiera realizar.

Abajo, en la calle, la muchedumbre se empujaba y avanzaba hacia el lugar por donde la procesión iba avanzando. Era un vaivén humano exaltado y entusiasta. Entre aquel tropel de gente, mezclados con ellos y como si también fuera la reli-

gión la que les atrajera a aquel lugar, iban tres muchachos de marcada apariencia judía: Samuel el Joven, Abraham y Job, tres buenos amigos y compañeros de trabajo que se habían atrevido a arriesgarse entre los cristianos en un día tan señalado como el del Corpus.

—¿Por qué me traéis a este espectáculo?—inquirió Abraham, que era, de los tres, el que de más mala gana había ido a presenciar el paso de la procesión.

—No os arrepentiréis si sois unos buenos orfebres—contestó Samuel el Joven, que trabajaba, desde muy niño, en la orfebrería de su padre y que había adquirido la habilidad y el arte de un verdadero artista en el trabajo de cincelar los metales preciosos y engazar las piedras talladas en ellos—. ¿Habéis oído hablar de Juan de Arfe, el famoso platero de fama mundial?—añadió, mirando a sus dos amigos para convencerles de que debían esperarse y ver el paso de la Custodia—. ¡Pues de Juan de Arfe es la Custodia que hoy viene en el cortejo! Para admirarla de cerca y aprender hemos venido. En la Catedral no podríamos verla... Pero hay que aproximarse para verla de cerca... Empujemos y nos abriremos paso...

—¿Y si alguien reconoce que so-

mos hebreos?—preguntó Job, muy medroso.

—¿Bah!... Con hacer lo que ellos hacen...—replicó Samuel, encogiéndose de hombros con indiferencia—. ¡Todo por el arte, Abraham! A mí no hay riesgo que me asuste...

A empujones consiguieron, no sin protestas del público, colocarse en primer término cuando ya la Custodia, maravillosa joya de orfebrería, avanzaba resplandeciendo como un sol que nimbaba de luz al Sol más poderoso que contenía en su primoroso estuche.

Los tres hebreos vieron que la multitud hincaba su rodilla en tierra y se persignaba devota, y ellos, por no ser descubiertos, hicieron lo propio, aunque torpemente y a desgana puesto que su religión no les permitía tomar parte en aquellos actos públicos de un rito que no era el suyo.

Samuel, entusiasmado con la idea de poder ver de cerca la maravillosa custodia, obra maestra de orfebrería, en la que tanto tendría que aprender, aunque sólo la viera un momento, al pasar, estaba en suspenso, con la mirada en alto, cuando de pronto sus ojos descubrieron algo que le hizo mudar de expresión, algo que le apartó completamente de la idea que hasta allí le había llevado, algo que le hizo olvi-

dar la Custodia, el arte y la orfebrería... Bajo la ojiva del gran ventanal bajo el cual pasaba ahora el Santísimo, descubrió Samuel el rostro bellissimo de Catalina que se inclinaba suavemente, como una flor magnífica que fuera a desprenderse del tallo para caer sobre el pialo en ofrenda suprema.

—¡Es maravillosa!—murmuró—. ¡Es maravillosa!...

—¿Quién?... ¿La Custodia... o la dama del ajimez?—inquirió Abraham en voz baja, porque también él se había fijado en la belleza extraordinaria de aquella mujer que parecía una magnolia cuidadosamente envuelta en pieles.

Samuel no contestó. La Custodia pasaba ahora ante él y le deslumbraba con la belleza de su arte; pero él estaba suspendido en aquel rostro de mujer que seguía el paso de la Custodia y en el que los ojos eran como diamantes negros engarzados en alabastro. ¡Jamás había visto a una mujer tan hermosa!

Cuando ya la procesión siguió su paso, Samuel, volviendo de la abstracción en que había quedado, dijo a sus amigos:

—¿Habéis visto? ¡Asombrosa mujer la de esa casa! ¡Divina criatura que no parece humana!

—Asombrosa... y extraña—asintió Abraham—. Vestir pieles de armiño

en el verano no es cosa que se vea con frecuencia.

La dama había ya desaparecido de la ventana y Samuel, exaltado, exclamó:

—¡Cieguen mis ojos para siempre si no la vuelvo a ver! Que quiero conservar su imagen clavada en mí y hasta no averiguar quién es no volverá a tener tranquilidad mi espíritu...

Los tres amigos, lentamente, se alejaron de aquel lugar, mezclados a la multitud que se iba dispersando en todas direcciones y que no había fijado su atención en aquellos tres hebreos que ahora marchaban lentamente y en silencio hacia el barrio tolerado de la judería donde vivían entre los suyos sin ser atosigados ni perseguidos mientras no se mezclaran en absoluto a la vida y costumbres de los cristianos.

En la casa del Greco obsequiaba éste a sus amigos con dulces y vino mientras ellos contemplaban el maravilloso cuadro que estaba pintando.

—En toda Italia—aseguró Ludovico—no vi retrato parecido.

—Tratárase de un exámetro latino o de un soneto a la italiana y opinaría yo con más conocimiento—añadió Fray Hortensio—. Pero aun así, puedo aseguraros que me

parecer una consumada obra maestra.

—Si fuera vanidoso—replicó Dominico—obscureceriais mi razón con vuestras alabanzas... Mas yo bien sé que todo el mérito emana, esta vez, de la modeló.

—¡Padre!... —protestó Catalina, encendida de rubor.

—¡Vaya!—arguyó Gregoria, que tenía siempre que meter baza en todo cuanto oía—. Puesto que tan alabados se nos muestran acaben de endulzarse el paladar con mazapán de Sonseca o unas yemitas monjiles.

Comieron lo que Gregoria les ofrecía mientras escuchaban a Dominico que seguía diciendo:

—Tanto creo lo que os dije que estoy en deuda con mi musa inspiradora: Catalina. Costumbre es que mis modelos me paguen al ser retratados por su gusto, o que yo pague a quienes retrato por el mío. Así, pues, cuenta con una joya que tú elijas... Por cierto, hanme hablado de un tal Samuel Hebraín, orfebre y joyero de la judería, como de algo portentoso.

—En efecto—aseguró Fray Hortensio—. Su Eminencia el Cardenal Tavera lleva un anillo episcopal cincelado por él que a quien lo ve le maravilla.

—¿Tan alta dignidad de la Igle-

sia se adorna con las obras de un hebreo?—inquirió Tristán en son de extrañeza.

—La bendición todo lo purifica. Si redime las almas, ¿qué no hará con un tosco pedazo de metal?—replicó Fray Hortensio, sonriendo benévolutamente.

—En suma, Catalina encontrará allí las piezas más exquisitas y mañana irá para que elija entre ellas—dijo Dominico, mirando a su hija con amor paternal.

—¡No me dejarán en casa, por supuesto! — exclamó Gregoria con arrebató—. Me vuelve loca curiosear y tratándose de rubíes y diamantes... ¡que no diésa yo por adornar mi hermesura con uno de ellos!

—Si vuesa merced me lo permite—dijo Tristán, sin hacer caso alguno de la charla de la dueña a la que todos conocían y disculpaban—, yo acompañaré mañana a vuestra hija. ¡Ardo ya en deseos de conocer a tan sorprendente cincelador! Y... no está bien que vaya sola Catalina... siendo como dicen joven y no mal parecido ese orfebre...

—¿Joven Samuel el Viejo?—preguntó Dominico sonriendo.

—No es el viejo, sino su hijo, quien goza de mayor fama—replicó Tristán, sin querer darse cuenta de las muestras de impaciencia y desagrado de Catalina.

—Os ruego que me déis licencia para retirarme — dijo ésta, que se sentía muy molesta por el asiduo cortejo de que la rodeaba el joven Tristán—. Aun tengo sobre mí las pieles de este armiño que aumentan el calor del día..

—Libre sois de hacer vuestro gusto como os plazca—dijo Fray Hortensio, saludando a la muchacha a la que conocía desde muy niña y a la que trataba con indulgencia verdaderamente paternal.

Catalina salió del estudio de su padre, seguida de Tristán que quería hablar con ella a solas aunque fuese breves momentos:

—¿Os contraría que me proponga acompañaros?—le preguntó.

—¿No lo advertisteis en mi rostro?—preguntó, a su vez, Catalina.

—¿Siempre habéis de pagarme con desdenes?

—¿Siempre habéis de enojarme con asedios?

Tristán no se dio por vencido por el tono con que Catalina le hablaba y, rendidamente, antes de que ella entrase en su habitación, suplicó:

—¿Cuándo, entonces, mañana?

—Al caer la tarde, si os parece— aceptó Catalina sin entusiasmo y más bien por tener un escudero en su marcha por la judería que por la dicha de ir acompañada de un galán.

—A esa o a cualquier hora, donde vos estéis será mediodía, que es lucir el sol en toda su grandeza.

Catalina se inclinó, saludando, y se encerró en su habitación. Mientras, Tristán regresaba al estudio para reunirse a sus amigos que habían quedado departiendo en él con el gran caballero que era Domingo Teotocópuli.

* * *

Un letrero en hierro repujado anunciaba, colgado sobre la puerta de la tienda:

"Orfebrería de Samuel Hebrain".

Tenía ésta una apariencia rústica y pobre y estaba enclavada en el rincón de la judería, muy próximo a la Sinagoga.

Samuel Hebrain era ya viejo y trabajaba en su taller únicamente para enseñar el arte de fundir los metales y transformarlos con el cincel y el buril, a su hijo único, Samuel el Joven, como todo el mundo le llamaba, y a otros tres ayudantes que hacían los trabajos más pesados y toscos del difícilísimo arte de la orfebrería. Eran éstos Abraham, Job y Andrés. A los dos primeros les vimos ya en el curso de la procesión del Corpus. El tercero era un muchacho avieso, envidioso, renegado, que trabajaba en la judería siendo cristiano y que estaba siempre dispuesto a cometer una mala acción o una villanía. Trabajaba con Samuel el Viejo porque éste tenía lástima de él. Pero nadie,

en el taller, se fiaba de Andrés y todos le tenían un marcado recelo.

Samuel daba las órdenes a su hijo y a sus ayudantes, explicaba cómo tenían que hacer el trabajo y luego él se marchaba, con su paso cansino, de hombre viejo, a la Sinagoga a entregarse a sus rezos y penitencias.

—Avivad el horno y cuando esté la plata fundid las espuelas para Su Majestad—dijo aquella tarde, disponiéndose a salir—. Me aguardan en la Sinagoga.

—Idos tranquilo —asintió Abraham—. Ello se hará como se debe y con la pericia que vuestro hijo acostumbra.

—Bien dices. El me supera en todo—afirmó Samuel el Viejo, que se sentía orgulloso de su hijo—. Llamadle si vienen compradores.

Cuando Samuel el Viejo hubo salido de la tienda, Andrés, con un gesto avinagrado y una voz bronca, murmuró:

—¿Que le supera en todo...? ¡Ceguera de padre, nada más!

—¿Tanto envidias a Samuel el Joven que le niegas sus méritos?— preguntó Abraham.

—¿Porque no reconocen más que los suyos!—arguyó Andrés de mal talante, mientras avivaba la fragua dándole con ahinco al fuelle.

Cuando la fragua estuvo a punto puso la pieza que tenía que trabajar al rojo vivo y luego la trasladó al yunque golpeándola fuertemente con el martillo, como si sobre ella descargara toda la ira que llevaba encendida en su corazón.

Por la puertecilla que daba al interior de la vivienda de Samuel Hebraín, salió Jarifa, una esclava mora de extraña hermosura, de la que Andrés se sentía locamente enamorado.

—¿Qué quiere la cautiva? — le preguntó, mirándola con los ojos más encendidos que la fragua ardiente.

—Una braza con que encienda lumbre allá dentro—replicó Jarifa, temerosa, porque ya conocía sobradamente los ímpetus y el carácter de Andrés.

—Toma mis labios ardientes, si te place—le propuso Andrés en voz baja, mientras intentaba abrazarla.

—¡Te señalaré como te acerques! —gritó Jarifa, asustada, poniéndose en guardia y dispuesta a defenderse.

—¡Respeto a la muchacha, Andrés!

—aconsejó Abraham apaciblemente. —No tienes sino malos instintos.

—¡Vamos, deja en paz a la esclava!—ordenó Samuel, apareciendo—. ¡Pobre Jarifa!

Frente a frente quedaron Samuel y Andrés, mirándose cara a cara en actitud de reto, mientras la bellísima mora, sonriendo agradecida, desaparecía de nuevo por la puertecilla de la tienda, diciendo:

—Siempre son más hidalgos los señores...

—¡Para la esclavitud que ellos compran!—le replicó Andrés, arrojando al rostro de Samuel aquellas palabras.

—¿Qué quisiste decir?—inquirió este.

—¡Lo que pensaba!—replicó Andrés volviéndole la espalda y descargando de nuevo fuertes golpes de martillo sobre el yunque.

En aquellos mismos momentos avanzaba por las calles de la judería, en busca de la tienda de Samuel Hebraín, Catalina acompañada de Tristán y de su inseparable dueña que marchaba a muy poca respetuosa distancia, porque amaba comadrear y escuchar todo cuanto se decía en las conversaciones.

—¿No daréis nunca aliento a mi esperanza? — preguntaba Tristán a

Catalina, que caminaba junto a él, pero que estaba a mil leguas de distancia con su pensamiento.

—En mí no está querer o no querer. Nuestros ojos se fijan en las flores. Pero está en ellas el atraer nuestra atención—replicó Catalina, en un tono un poco burlón.

—Y en vano será que algunos cardos borriqueros nos la quieran llamar—añadió Gregoria, pensando que su señora se quedaba corta en las expresiones.

—¡Gregoria!—reconvino Catalina.

—Por el galán no iba... que ni es borriquero ni pasaría de cardillo—se apresuró a corregir Gregoria, desafiando audazmente la rencorosa mirada de Tristán.

—Y bien, ¿falta mucho para el taller del orfebre?—preguntó Catalina.

—Vedlo allí — señaló Tristán, mostrando el humilde tenducho.

—No muy atrayente por lo externo.

—Pero en lo que contiene, dicen que asombroso — aseguró Tristán, que tenía oído mucho y bueno del arte de Samuel el Joven.

—Como me pasa a mí—comentó Gregoria imprudentemente—. Viéramos lo interior y maravillados quedaríamos...

—¡No dejarás de parlotear in-

conveniencias?—reconvino Catalina a su dueña.

—¡A lo interior de mi alma me refería, que no a otra cosa!—explicó Gregoria, para disculpar su torpeza.

—¡Pero aun que trates de aclararlo!... Vamos, ya hemos llegado... pero mejor estaremos solas que con vos—dijo Catalina a Tristán—. No sería discreto elegir unas joyas acompañada de quien nos galantea.

—¿Por qué? — inquirió Tristán, contrariado.

—Podría entenderse que vos me las regalabais y que yo lo admitía. Cumplid el mandato que mi padre os dió al salir y aquí os esperaremos.

—Tratándose de mujeres que vamos a elegir joyas—recalcó Gregoria—, tendréis tiempo sobrado para todo. Volved por aquí dentro de... un par de horas.

—¡Tanto no será!—exclamó Catalina, riendo.

—Me obligáis a obedecer — dijo Tristán, contrariado, pero convencido de que era el único camino a seguir.

—Pues en la tienda os espero.

Alejóse Tristán y las dos mujeres se acercaron a la tienda, parándose ante el escaparate construido en una rudimentaria ventana en la que estaban expuestas, tras su cristal,

las joyas más bellas del arte de Samuel.

—Oh, qué asombro de joyas no igualadas!—exclamó Catalina, verdaderamente extasiada ante aquella belleza sin par. Y de pronto, sobrecogida, añadió:

—Pero, mira, mira discretamente y verás la tienda por dentro reflejada en aquel veneciano espejillo de reducción...

En efecto en un espejo colocado en aquella primitiva vitrina, se reflejaba todo el interior de la tienda reducido a una miniatura por el cóncavo cristal y en la tienda, moviéndose de un lado a otro, completamente ajeno a los ojos que le estaban contemplando, Samuel se reflejaba también en el espejo que todo lo reducía a un tamaño inverosímil.

—Pero, ¿sólo a la tienda os refioris? — preguntó Gregoria con una doble intención, porque ella había visto primero al apuesto mancebo que todo el resto de la tienda.

—¿Pues a qué más? — inquirió Catalina con fingida inocencia.

—A la aparición de ese apuesto mancebo...

—¿Será el joven Samuel que tanto han ponderado? ¿Pero no le miras más y disimulemos! — exclamó Catalina avergonzada de su curiosidad.

—¿Ya sentía celos de mí?—sonrió Gregoria, embromando a su señora—. Sois vos la que no ha de mirarle con tanta insistencia.

Samuel se había acercado al escaparate para coger de él unas piezas, y sus ojos se posaron en el espejito veneciano que era, en aquellos instantes, como el mágico espejo de un cuento de hadas, y vió en él reflejada la imagen de aquel rostro que había quedado impreso en su imaginación con imborrables caracteres, aquel rostro de magnolia que vió bajo la ojiva de un gran ventanal la tarde del Corpus.

—¡Peregrina aparición! — murmuró, como si orase—. ¿Es ella o mis ojos se ofuscan? ¡Abraham!... ¡Abraham!—llamó.

Y cuando éste se hubo acercado, le dijo:

—Mira, Abraham. ¿No es la misma?

—¿Quién? — inquirió Abraham, que no se había vuelto a acordar más de la dama del armiño.

—¡Ella!... La dama del ajimez y las pieles de armiño...

—La misma... ¡sí, es la misma!—aseguró Abraham, reconociéndola ahora.

—Pero aumentada su belleza, sí cabe—replicó Samuel, dirigiéndose decidido a la puerta de la tienda.

—¿Qué vais a hacer?—preguntó Abraham, asustado.

—Cuando el sol de mayo pretende traspasar los vidrios de tu ventana, ¿qué harás mejor? ¿Echar las cortinas o abrirlas de par en par?... ¡Pues esto último haré yo! Que no uno, dos soles son los que traspasando están mi vida con la fuerza de sus rayos—exclamó, abriendo de par en par la puerta a la que iba a llamar en aquel momento Catalina.

—Pasad, señora, e iluminad mi tienda—dijo Samuel, saludando con la más rendida cortesía—, pues tan gentil es la aurora que se allana a alumbrar los antros más oscuros.

—¿Esta es la casa de Samuel el Joven?—interrogó Catalina.

—Y yo el mismo Samuel, honradísimo de que la honréis.

Catalina se decidió a entrar y le dijo a su dueña, que parecía intimidada y recelosa:

—Entremos, Gregoria, que el orfebre no cabe sea más cumplido.

Samuel las precedía para mostrarles el camino y preguntaba al mismo tiempo, ansioso de complacer a sus ilustres visitantes y, sobre todo, de complacer a aquella criatura que lo había fascinado sin saberlo y que le tenía prendido en las redes de sus encantos sin ni siquiera presentirlo.

—¿Tenéis idea de alguna joya especial?

—No, sino elegir una que sea primorosa.

—Bastará entonces que os ofrezca un espejo en que os veáis—replicó Samuel con una galantería tan simpática que Catalina sonrió halagada y dichosa.

—¡Píco de oro y gallardo manecbo!—exclamó Gregoria, mientras Samuel iba en busca de las joyas que quería mostrar a su visitante—, Catalina, creo que nos hallamos en peligro—añadió, dando un hondo y emocionado suspiro.

Samuel presentó lo mejor de su arte a aquella verdadera joya que sus ojos admiraban:

—Mirad cuál de todas éstas será digna de vos—dijo. Y luego, dándose cuenta de que permanecían en pie, añadió:

—¿Pero, por vida de, que no hay dónde os sentéis! ¡Jarifa!—llamó desde la puertecita que comunicaba con el interior—. ¡Saca un escabel! ¡Vinieron damas de calidad a nuestra tienda!

Catalina, entretanto, admiraba las joyas que había dejado en sus manos, con verdadero entusiasmo.

—¡Qué maravilla! ¡Qué prendedores! ¡Qué preseas! ¡Ni en las fiestas del Rey las ví tan bellas!

Jarifa se presentó trayendo lo que

su amo le había pedido. Se quedó asombrada al ver à la dama que ante ella permanecía en pie, mirándola fijamente. Las dos se miraron como si una voz interna las declarase ya enemigas. En los ojos de la esclava brillaba ya la luz de unos celos mal contenidos. Ninguna de las dos se decidía a hablar y fué Samuel quien rompió la tirantez de aquella situación.

—Bien está, Jarifa, ya puedes retirarte—dijo a la mora.

Y la esclava se alejó tristemente, como si muy amargos presentimientos pesaran sobre ella.

—¡Hermosa criatura! — exclamó Catalina, cuando volvieron a quedarse solas—. La joya mejor que aquí tenía. ¿Vuestra esposa... o vuestra hermana quizá?

—Ni lo uno ni lo otro—replicó Samuel—. Una cautiva que nos sirve fielmente.

Y ya sin dar importancia al asunto, continuó hablando de las joyas que le iba mostrando:

—Estos dos crisopacios encendidos se muestran ante vos pálidos de envidia...

—Os excedéis en cortesía, buen toledano—replicó Catalina, halagada, pero encendida en rubor—. Si las piedras se ofrecen sin par, la labor en que están engarzadas es lo que más me maravilla—aseguró, admi-

rando sinceramente el trabajo artístico del orfebre y quitándose un guante para poder sostener mejor la joya entre su mano desnuda. El guante quedó allí, sobre el mostrador, olvidado, y ella siguió diciendo, absorta en la contemplación de tanta y tan variada maravilla:

—Yo, en verdad, no sé por cuál me decida entre tanto joyel maravilloso. Apartad vos mismo cuanto queráis y mañana, si no os incomoda, llevadlo a casa, donde elija mi padre, el pintor de Su Majestad, Dominico Teotocópill.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido, Samuel—. ¿Seréis entonces la hija del Greco? Debíais adivinar cuando os vi, el otro día, con vuestras pieles de armiño. En toda la ciudad no se habla sino del pasmoso retrato que os está pintando vuestro señor padre.

—¿Decís que me habéis visto antes de ahora?—inquirió Catalina.

—Ciertamente, y en presencia de vuestro Dios, como si fuera presagio de un milagro.

—Pues quedad con El... y hasta mañana—dijo Catalina, levantándose y disponiéndose a marchar—. El sol declina y hora es de recogerme del paseo.

—¿Os olvidáis de don Luis Tristán?—inquirió Gregoria—. Quedamos en que aquí le aguardaríamos.

—¿Don Luis?—preguntó Samuel, sintiendo también él en su corazón el arañazo de unos celos absurdos.—¿Me permitís que sea yo ahora quien os pregunta si es vuestro esposo... o vuestro hermano?

—¡Bah... un moscardón pegajoso que no nos satisface a ninguna!—aseguró Gregoria, usando aquel plural en que hablaba siempre cuando de algún asunto de su señora se trataba.

—Sin embargo... habremos de esperarle—dijo Catalina, recordando la cita que había dado al caballero Tristán.

—¿Acertaré a entreteneros vuestra espera?—dijo Samuel, entusiasmado ante la idea de tener durante algún tiempo, cerca de sí, a aquella mujer encantadora en cuya belleza había ya de inspirarse siempre que cincelara alguna joya.

—¿Podríamos ver cómo trabajáis tantas maravillas?—preguntó Catalina, con muy femenina curiosidad.

—De cierto que sí. Aunque al veros, la habilidad de mis artífices se convertirá en torpeza.

Samuel las hizo pasar al taller y les fué mostrando todas las manipulaciones a que eran sometidos los metales antes de trabajarlos.

—Aquí se funde el metal para las piezas que han de cincelarse... Aquí se calienta al fuego para forjarlo a

martillo... Aquí se cincelan y pulen.

Jarifa los iba siguiendo con su mirada extraña, con aquella mirada de sus enormes ojos de sultana en los que había como la luz de un resentimiento inconfesado, mezclado a una gran humildad ante la categoría de las dos damas.

—¿Visteis qué la morisca no deja de mirarme?—susurró Catalina al oído de Gregoria, que no había dejado de observar la actitud de aquella muchacha extraña y misteriosa.

Samuel, enardecido en la explicación que iba dando de las distintas fases de su trabajo, continuaba hablando acerca de él, sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

—Sobre este yunque se mezcla y moldea el metal, y finalmente, sobre esta masa pastosa que se hunde a la fuerte presión de los cincoles, se van adelgazando las láminas de plata y tomando forma los relieves del repujado... Todo este arte lo aprendió mi buen padre allá en Italia y yo lo heredé de su sabiduría y consejo—concluyó.

Había anochecido por completo y la obscuridad más absoluta reinaba en la calle cuando las dos damas se dieron cuenta del tiempo que había transcurrido, entretenidas en las maravillas que se habían ido desarrollando ante sus ojos.

—¡Pero si se hizo de noche!—

exclamó Catalina, asustada. — ¡Puesto que don Luis se retrasa, no le aguardaremos más! Sin embargo... de noche y por esas callejas... no sé si nos arriesguemos tú y yo solas —murmuró, empavorecida por el miedo.

—¡De ninguna manera!—exclamó Samuel, decidido ya a lo que estimaba no sólo un deber, sino el más delicioso de todos los placeres—. Permitted, que os acompañe yo. El Barrio de la Judería está lleno de riesgos para una dama como vos...

Tomó su sombrero y su capa y salió acompañando a las damas. Jarifa les vió partir. En sus ojos se reflejaba la honda melancolía mezclada a una ira que parecía querer estallarle en el pecho.

—¡De imán debe estar hecha esa mujer, cuando así le atrae...!—murmuró, mordiéndose sus palabras.

—De todas suelas decir lo mismo —rió, sarcásticamente, Andrés, que había observado todas las reacciones de la esclava.

—¡Mal haya la cristiana y su raza!—gimió Jarifa desesperada.

—No desesperes, Jarifa —aconsejó Abraham con su benévola sonrisa—. Tal vez un día se apiade de ti...

—¡No quiero amor por caridad! —replicó ella con altivo orgullo,

desapareciendo tras la puertecilla que la comunicaba del taller.

Samuel, sin sospechar la pasión que había encendido en el corazón de Jarifa, ni la tempestad de celos que desencadenaba en él la presencia de Catalina en su vida, acompañaba a Catalina por las tortuosas callejas de la Judería, envueltas en sombras, misteriosas y extrañas. Gregoria se iba quedando rezagada para dejar en libertad a los dos jóvenes para que hablaran más tranquilamente; pero como Catalina lo advirtiera, detuvo el paso y le preguntó:

—¿Por qué te apartas, Gregoria?

—Porque no hay dos sin tres... pero el tres suele estorbar a los dos—replicó Gregoria con su gracejo y desparramo habitual.

—¿Estorbar ahora...?

—¡Ea! ¡Ea!... Escuchad al joven, que tiene los labios llenos de madrigales.

—En eso dice bien la dueña —murmuró Catalina, observando a Samuel con una mirada risueña y dichosa—. Joyero más galanteador no he visto nunca.

—¿Y cómo no, si estoy hecho a manejarlas y yo tampoco vi una perla que os iguale? Pero el respeto que me imponéis, casi veneración, sella mi boca... El solo hecho de acompañaros me hace feliz..

Habían salido ya de la Judería y estaban próximos a la casa donde Catalina moraba. Esta se detuvo y tendió la mano al hebreo:

—¿No faltaréis mañana? — preguntó, invitándole, con aquella pregunta, a que hiciera una visita larga, no una simple entrega de las joyas que había de elegir.

—Antes faltarame la vida que dejar de venir—replicó Samuel besando aquella mano perfumada y suave como el pétalo de una flor exquisita.

Se separó de ella con pena y volvió sobre sus pasos. Andaba despacio y tenía la sensación de que sus pies no pisaban el suelo; tanta era su felicidad por aquella visita inesperada y por la mucha más inesperada atención que Catalina le había dispensado.

Llegó a su tienda, cruzó por ella sin darse cuenta de nada y se puso a trabajar en silencio, inspirado por la visión de unos ojos maravillosos, negros y brillantes como piedras encantadas que jamás hubieran existido.

—¿Qué te pasa, Samuel?—le preguntó Abraham, tras un largo rato de silencio en que no escuchaba más que el resoplar de la fragua y los golpes de martillo sobre el yunque. —¿Tanto te ha conmovido la linda compradora?

—Jamás, ante mujer alguna, latió mi corazón como ante esa criatura divina — afirmó Samuel, hablando como en sueños, como si descendiera de regiones insospachadas a las que le hubiera arrebatado el más encantador de los sueños.

—¿Divina? — gruñó Andrés con indignación—. ¡No profanéis la divinidad con tales comparaciones!

—No lo fuera por su hermosura y lo sería por su origen: se trata de la hija del famoso pintor El Greco —dijo Samuel, con orgullo.

—Pues vé con más cuidado... ¡Resulta el juego peligroso!—dijo Andrés con malevolencia.

—¿En qué peligro?—inquirió Samuel con calma, porque no comprendía qué peligro podía haber en admirar a una mujer hermosa.

—¿Olvidas que El Greco es fervoroso cristiano, privado de primos y de reyes? Y no advertisteis qué bien la doncella reparó al putto en tu judaico nombre? Considera que, además de cristiana, es lusa-juda... ¡y tú artesano... y hebreo!

—¿Y eso qué importa?—gritó Samuel con entusiasmo—. ¡No hay otra religión que la de ser amado... ni yo profeso de verdad más que una: la de mi arte, que está por encima de todas!

—¡Calla, calla, Samuel!—murmura-

ró Job, amustadísimo—. Pueden oírte... ¡Jamás hablaste así!

Andrés miró a Samuel con una mirada preñada de amenazas, y le dijo mascullando sus palabras como si fueran insultos:

—Te estoy oyendo y pienso que de tantas locuras podría hacerte arrepentir el Santo Oficio. Si la Inquisición, dichas tus palabras por un cristiano, las tomase a herejía... ¡imagina lo que pensara si las oyera en boca de un hebreo!

—¿Tanto teméis a este Tribunal? —preguntó Samuel, exultándose cada vez más—. ¡Pues venga ya en mi busca y ahogue mi rebeldía! Morir es libertar el pensamiento! Podrán poner la soga en mi garganta y hacerla enmudecer... pero no penetrarán en mis ideas!

—Ten prudencia, Samuel—aconsejó Job en voz baja a su amigo—. Andrés te escucha y teme que puedas delatarte.

—¡Pues tardando está! —deseñó Samuel con valentía—. ¿Qué pínas, Andrés? ¿Que soy ateo? Labrando estoy un rico anillo para Su Eminencia el Cardenal Tavera... Corre a decirle que has visto su insignia episcopal bajo el cincel de un israelita... ¡que el orfebre es hereje... y que la repujada alegoría de su anillo va adornada de símbolos paganos...!

—¡Basta, Samuel!—gritó Andrés, arrojando lejos de sí las herramientas en un gesto airado y sombrío—. Me voy. No quiero seguir escuchándote. Aquí te dejo tus herramientas y tus joyas... ¡No puedo escuchar más blasfemias semejantes!

—No te vayas, Andrés—intervino Abraham, conciliador y benévolo—. Samuel, el Viejo, no lo consentirá.

—Tenéis razón—dijo el joven hebreo ganado por la bondad que vibraba en las palabras de Abraham—. Quédate, Andrés. Fué un arrebatamiento... lo confieso. Vuelve a ocupar tu puesto y olvidémoslo todo.

—No. Para ganarme el pan honradamente, nunca me ha faltado donde trabajar. Tu herejía nos ha puesto frente a frente. ¡Que Dios te dé, al morir, una agonía que haga sudar al verdugo!—maldijo, con todo el veneno que destilaba su alma perversa.

A tiempo de salir Andrés entraba en la tienda don Luis Tristán acompañado de su amigo Ludovico. Se había entretenido charlando con él de poesía y de arte y había olvidado la hora en que tenía que ir a buscar a Catalina:

—¡Ah de la casa!—gritó Tristán, sin percatarse de que Andrés se quedaba rezagado en la calle y atisbaba, a través del cristal del esca-

parate, todo cuanto pasaba en la tienda.

—¿Qué deseaban sus señorías?— preguntó Abraham, apareciendo en la tienda.

—¿Sabéis qué ha sido de una dama que vino a comprar un joyel?

—¿Acompañada de cierta dueña dengosa y habladora?— inquirió Abraham.

—¡La misma! ¿Qué ha sido de ella?— apremió Tristán en tono destemplado.

—Estuvieron esperando a cierto caballero...

—Yo soy ese caballero de quien habláis... ¡Abreviad!

—Como se hizo de noche y os retrasabais demasiado, mi amo el joven se ofreció a acompañarlas y ha poco volvió...

—¿A tanto se atrevió ese bellaco hebreo?—gritó Tristán, lleno de indignación.

—Lo de hebreo es muy cierto—dijo la voz de Samuel, apareciendo en la tienda—, lo de bellaco... ¿por qué?

—¿Vos sois acaso el Hebraín famoso?—inquirió Tristán en tono de mofa.

—Famoso no sé... Hebraín a mi honra y orgullo—respondió el muchacho, alzando la frente en una actitud altiva y digna.

—¡Altiva contestación de que ha-

bréis de arrepentiros!— exclamó Tristán, llevando la mano al pomo de su espada.

—Yo nunca me arrepiento— replicó Samuel, imperturbable— Y, en suma... ¿sois su marido o su hermano para pedirme cuentas de Catalina?

—¿Catalina...? ¿Y os atrevéis a llamarla así?

—No disputéis—aconsejó Ludovico, dándose cuenta de que aquella discusión podía traer muy fatales consecuencias.

—Bien decís...—murmuró Tristán, dominándose. Y arrojando una bolsa de dinero a los pies de Samuel, añadió—: Dadme una joya cualquiera... cobraos... y acabemos.

Hubo un silencio lleno de dramatismo. Desde la puerta que daba al interior del taller presenciaban aquella escena Jarifa y Job, aterrados; desde la calle, agazapado en las sombras con una expresión siniestra en el rostro, Andrés, que esperaba con impaciencia el desenlace de aquellos acontecimientos.

Mientras Samuel buscaba una joya que ofrecer a aquel visitante inoportuno, Tristán vió el guante que Catalina había dejado olvidado y, tomándolo rápidamente, exclamó con nueva y mayor indignación:

—Pero... ¿cómo? ¿Un guante de ella?...

—Que no estaría en vuestras manos, sino en mi pecho, de yo habérselo visto antes que vos—replicó Samuel contrariado.

—Pues ya que no en vuestro pecho... en vuestra faz vala a sentirlo — insultó Tristán, arrojando el guante a la cara del hebreo, que lo recogió con presteza en el aire, antes de que le diera en la cara.

—El no me ofende —dijo Samuel con calma—. Pero la mano que me lo arrojó me ultraja... ¡y por Jehová que aliento deseos de cortárosla!

—¡Porque sois un perro judío no os meto un palmo de hierro en las entrañas! —gritó Tristán, llevando de nuevo la mano al pomo de la espada.

—Pues cambiemos los papeles... y yo, en vuestro lugar... ¡os trataré como a un perro!—exclamó Samuel ciego de ira, abofeteando a Tristán.

—¡Cobarde! —rugió éste desenvainando la espada.

Lo propio hizo Ludovico, presto a defender a su amigo; pero ya Samuel había tomado de una panoplia una de las espadas mejor templadas de su tienda y gritaba, contentiendo a sus dos enemigos:

—¡Atrás!... ¡Atrás los dos, cobardes!

—¿Qué pretendéis...? ¿Batirlos?—preguntó Tristán con profundo desdén.

—¿Por qué no, si vos sois tan valiente?—replicó Samuel con igual desprecio.

—¡Jamás me batí con un villano! —replicó, a su vez, Tristán, no decidiéndose a atacar.

—¡Aquí no hay más que dos hombres cara a cara!—exclamó Samuel, desafiando al caballero.

La lucha fué muda y enconada. Chocaban las espadas despidiendo destellos siniestros. Eran buenos espadachines los que luchaban; y la causa por la que luchaban enardecía su valor y encendía sus corazones.

—¡Tocado! —exclamó Tristán, sintiendo que su acero se había hincado en la carne de Samuel.

—¡Eah...! —murmuró éste con desprecio—. ¡Con un buril me hago arañazos mayores!

Y se lanzó con más furia contra su adversario hasta llegar a dominarle y herirle en un brazo, que arrancó de labios de Tristán un quejido lastimero.

—¿Heristeis? —inquirió Ludovico, mirando a Samuel fijamente.

—Sí que herí—confesó éste sin miedo.

—¡Basta! ¡Basta digo!—ordenó Ludovico, levantando en alto su espada y obligando a los dos contrincantes a terminar el combate—. ¡Ya

está bien que haya brotado sangre por causa tan pequeña!

—Pues saigan de aquí cuanto antes—comminó Samuel con voz altiva, abriéndoles la puerta de par en par—. Pudiera matarle... pero no lo hago por no poner en riesgo el honor de la dama que media en este asunto... Si sois caballero —añadió dirigiéndose a Tristán, que salió apoyado en el brazo de su amigo, casi sin fuerzas para andar, vencido más por su humillación que por su herida— si sois caballero como presumís, aguardo que vuestra discreción también procurará tenerlo callado...

Cuando los dos caballeros se hubieron alejado y la puerta de la orfebrería se cerró de nuevo, dejando la calle sumida en tinieblas, Andrés salió de su escondite, se frotó las manos con contento y echó a correr con toda la fuerza de sus piernas, como alma llevada por el diablo.

Jarifa fué la que lavó y vendió la herida que en la mano de Samuel había hecho el acero de Tristán.

—Cuando os hirió la punta de su acero... sentí la espada en mi corazón —decía la mora, mirando con sus ojos maravillosos y apasionados al joven—. ¡Quise gritar y me faltó aliento!

—¡Pobre Jarifa! Por tu susto lamento lo ocurrido—sonrió Samuel,

sin dar importancia a las palabras de la esclava, en las que vibraba toda la vehemencia de su pasión.

—Quise poner entre los dos mi vida, pero Abraham me lo impidió, y me fué imposible dar un solo paso considerando que no soy más que vuestra esclava. ¡Bien poca cosa para mezclarme en vuestros pleitos de... de amor! ¡Y más cuando lo hacéis en defensa de otra mujer!—murmuró Jarifa con dolido y melancólico acento.

Samuel casi no la escuchaba. Se entretenía acariciando la cabeza del perro que estaba tendido mansamente a sus pies. Jarifa miraba con envidia al can, más dichoso que ella, porque recibía las caricias de su amo. Se calló y dominó sus lágrimas que le subían a los ojos y le ahogaban la garganta.

Mientras esto sucedía en casa de Hebraín, Andrés había corrido a la Sinagoga y esperó ansioso a que saliera de ella Samuel el Viejo. Cuando le vió aparecer en la puerta de la Sinagoga corrió a él y le dijo precipitadamente:

—Escucha, Hebraín. Por culpa de tu hijo he tenido que abandonar el taller. Ha insultado a mi religión y ha herido a un caballero linajudo.

—¡Mientes! —gritó Samuel el Viejo sin poder contener su indig-

nación—. ¡Mientes como has mentido siempre, mal cristiano!

—¡No miento! Yo lo he visto— insistió Andrés.

—Mi hijo es incapaz de ofender a nadie. Ni yo le castigaré, ni tú volverás a mi taller... ¡Si le hiciera en defensa propia!

—Eso ya se aclarará donde el

mudo, a su pesar, responde—amenazó Andrés, refiriéndose a los tormentos de la Inquisición.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Samuel el Viejo, sintiendo un escalofrío de horror recorrerle el espinazo.

—Que por hereje la Inquisición dará cuenta de él! ¡Ya os arrepentiréis ante el verdugo!



Al siguiente día de los hechos que quedan relatados, hallábase Catalina paseando por el jardinillo de su casa, acompañada de Gregoria, cortando unas flores aquí y allá con las que adornar los búcaros de su casa. En las torres de la Catedral sonó potente la voz de la campana.

—¿Qué hora sonó? — preguntó Catalina, como si estuviera muy impaciente y el tiempo se le tardara en pasar.

—La de venir don Luis... como todos los días — replicó la dueña con reticencia.

—Esojosa hora, pues...

—Tiempo atrás no os lo parecía tanto—afirmó Gregoria, mirando a Catalina con expresiva mirada.

—Siempre—afirmó ésta.

—Mas no como hoy... El orfebre os ha hecho ver más claro que nunca...

—¿Quieres decir que...?—inquirió Catalina, sin atreverse a continuar.

—...que cediendo al consejo paternal más que a vuestra propia inclinación, os dejasteis cortejar por

su discípulo y ahora veis cómo el amor es otra cosa que humilde obedecer.

—Dices bien — confesó Catalina con ingenua sencillez—. No sé qué viva llama siento en mi corazón, desde que hablé con Samuel.

—Pues andad con cuidado u os quemará la casa—aconsejó con prudencia la dueña.

—¿Por qué? ¿Qué le importa a mi padre uno u otro artífice? Es el talento en lo que él repara, después del honor.

—Pero en este caso es imposible que os caséis con él—dijo Gregoria, que por esta vez demostraba tener mucho sentido en su razonamientos.

—¿Hay otra mujer que me lo impide?—preguntó Catalina sobresaltada.

—No. Pero que siendo él hebreo y vos cristiana...—dijo Gregoria intencionadamente, para que Catalina se diera cuenta del peligro que todo ello encerraba.

—Hebreo...—repitió la joven muy despacio, como si quisiera darse

cuenta de todo el alcance de aquella palabra—. ¡Hebreo!... Tienes razón. ¡Desvariaba como una muchachuela!... ¡Bah, no hay que pensar más en él!

—Dios os guarde, Catalina—saludó en aquel momento, a su espalda, la voz de don Luis Tristán.

—Don Luis... El os proteja—respondió Catalina volviéndose prestamente y saludando al discípulo predilecto de su padre—. Si es cierto que estáis herido, como se dice, ¿por qué venís? ¿No fué cosa de cuidado? Más os vale...

—Os agradezco esa cortesía que, por su frialdad, no parece interés—dijo don Luis con un poco de amargura, mientras Gregoria se alejaba discretamente.

—¿Pues qué parece? — inquirió Catalina en un tono un tanto burlesco.

—No sé. ¡Os veo tan indiferente!

—Y yo a vos... ¡tan desconfiado!

—¿No tengo razón? ¿Por qué no me esperasteis ayer?

—Demasiado esperé para lo que tardasteis vos—replicó Catalina con vivacidad—. Y creo disponer de mi albedrío.

—Jamás me lo enajenasteis... Pero, en fin, ¿qué me decís de las joyas y el orfice?

—Las joyas más dignas de un empleo más digno que el que yo

pueda darles — respondió Catalina con voz grave y palabra lenta—. El orfice, cumplido galán como pocos. Os quedo muy reconocida por llevarme a su taller—añadió, poniendo mucha ironía en su última frase.

—Recojo la ironía, Catalina. Pero... ¿y si fuera él quien me hirió? — insinuó Tristán.

—Sois demasiado prudente para arriesgar en tales pendencias el honor de una dama.

—Cuando los celos nos ofuscan... — murmuró Tristán, mordiéndose los labios.

—¿Celos de tan insignificante persona? — rió Catalina, burlona y traviesa—. Y si, después de todo, fuisteis vos el herido, ello no prueba sino la mayor destreza de vuestro rival... lo que a los ojos de una mujer lo enaltece, cuando no se perece por el que salió peor librado... ¡Y basta, que en el estudio se os echará de menos!—dijo, queriendo dar fin a aquel coloquio.

—Pero, ¿si mañana se sabe la verdad del lance? — inquirió Tristán con despecho.

—Añadiréis mi desprecio a vuestra vergüenza, pues nada creerán que atente a mi fama—replicó Catalina con firmeza y resolución—. Y además, ¿qué conseguiríais con ello?

—Tener a ese hombre en mis ma-

nos. Ha herido en mí a un cristiano, y mi acusación puede serle funesta.

—¿Seréis capaz?—preguntó Catalina vivamente indignada—. ¿Tanto os pesa ese revés?

—¿Me pesa esta burla!—exclamó Tristán en el mismo tono en que Catalina le hablaba.

—Don Luis, os llama el Maratón —llamó Gregoria desde la puerta de la casa, obligando a Tristán a abandonar el jardín.

Saludó el caballero a su dama y partió disgustado por la conversación más aún que por el fracaso del lance sufrido la noche anterior.

No se había quedado resagado en sus celos, su odio y su rencor Andrés, el rival de Samuel en lo que se refería a los amores con Jarifa. Quería vengarse de él y tenía ahora la más ventajosa de las circunstancias para hacerlo en la sombra, sin ser descubierto.

Fué aquel odio el que lo llevó hasta el Tribunal de la Inquisición y le hizo denunciar a Samuel el Joven como hereje, acusándolo de haber atentado contra la vida de un cristiano.

En aquellos tiempos siniestros en que se luchaba desesperadamente contra los enemigos de la Religión, una denuncia de aquel calibre era bastante para llevar a la horca a cualquier inocente. La Inquisición tenía

que trabajar abincadamente contra el judaísmo y la morisma, instalados en el solar patrio desde hacía muchos siglos y de muy difícil desarraigo. Por esta razón, el Tribunal de la Santa Inquisición acogía todas las denuncias y trabajaba rápidamente para segar de raíz todos los brotes malignos que se oponían a su santa misión.

Por eso marcharon acto seguido los esbirros del Tribunal hacia la casa de Samuel Hebraín para detener a Samuel el Joven y averiguar la exactitud de los hechos que quedaban denunciados por boca de Andrés.

—¡Abrid, abrid a la Santa Inquisición!—dijeron con destempladas voces, dando fuertes aldabonazos en la puerta.

Samuel el Viejo salió a abrirles, se inclinó ante ellos humildemente y dijo temeroso, aunque otra cosa quisieran aparentar sus palabras:

—La Justicia pase, que a ella, cuando lo es, nadie la teme en esta casa...

—¿Dónde está Samuel el Joven?—preguntó uno de los esbirros.

—Salió. No dijo dónde iba ni yo se lo he preguntado. Tengo en él confianza absoluta.

—Traemos orden de apresarle —explicó el esbirro, mostrando la orden escrita por el Tribunal.

—¿Apresar a Samuel?— exclamó el pobre viejo—. ¿Pues qué hizo?

—Eso allá os lo dirán a los dos...

—A los dos, no—afirmó Samuel el Viejo con entereza y valentía—. ¡A mí, si queréis, llevadme! ¡Pero no a mi Samuel, que es mi vida!

—¡Basta! ¡Seguidnos!... Pues no queréis descubrirle, ya os forzarán a ello los verdugos...

—¡Samuel, mi Samuel!— exclamaba el desdichado Hebraín, mientras seguía a aquellos hombres despiadados—. ¡Luz de mis ojos! ¡Claridad de mi alma!

—¿Oísteis?— murmuró Abraham

que había estado escuchando todo aquel diálogo junto con Job y Jarifa—. ¡Es necesario buscar a Samuel el Joven y prevenirle!

—Sí, ¿pero dónde está?—inquirió Job.

—Tal vez yo dé con él—replicó Jarifa, disponiéndose a salir para encontrarle.

—¡Pues pronto! ¡Corra! Le cográn si no—dijo Abraham, que hubiera dado su vida entera por salvar a Sannet el Joven del suplicio y a Samuel el Viejo del horror de ver ajusticiado a su hijo.

* * *

El Greco examinaba atentamente las joyas que Samuel Hebraín había traído para que eligiera, entre todas, las más bellas. Ante él, Samuel y Catalina esperaban el veredicto del gran artista que observaba con ojos expertos la maravilla del trabajo que se le presentaba.

—Bien hermanaba el oro con la piedra—murmuró el Greco, admirado del trabajo de orfebrería que Samuel había realizado—. ¿En Italia estuvisteis?

—Trabajando con Juan Fiorenzuela, el famoso cincelador, y admirando los célebres repujados de Benvenuto Cellini—explicó Samuel.

—Pero, ¿sois español?

—Toledano. Aunque también por mano mía pasaron allá, en Amberes, los más claros y purísimos diamantes de este mundo.

—En fin, ¿cogisteis ya?—preguntó Dominico a su hija.

—Sí, todo esto es lo que me place—dijo Catalina, mostrando las joyas que había ido apartando.

—Pues sea. Quede aquí para mi hija... y venid que os pague vuestro trabajo—dijo Dominico, dirigiéndose a Samuel.

—Mejor querría me honrassis complaciéndome un deseo—suplicó el joven con fina humildad.

—¿Cómo negarme si los dos, juro, somos parejos en maestría? A no ser una cosa de honor...—replicó el pintor, dando ya por concedido lo que el muchacho deseaba.

—De honor es... y digo que es cosa de honor porque lo es para mí que me favorezcáis dejándome pasar a vuestro taller, donde admire lo que la fama pondera.

—¿Acabáis de adular?—rió el Greco, comenzando a caminar en dirección al estudio mientras decía—: Venid, puea, si con tan poco os conformáis. ¿Conformarse con poco es el don divino de la juventud! Yo también como vos, estuve en Italia, aunque he nacido en Grecia, y de ahí mi sobrenombre del Greco con el que se me conoce mejor que con el mío propio. Viví en Venecia y



*Dominico immortalizaba en el lienzo el retrato
de su hija...*



—Bienvenidos sean a mi casa quienes tanto la honran...



—¿No dejarán de parlotear inconveniencias?
—reconvino Catalina a su ducho.



Samuel presentó lo mejor de su arte
a aquella verdadera joya que sus ojos admiraban.



*En los ojos de la esclava brillaba ya la luz
de unos celos mal contenidos.*



Jarifa era una esclava mora de entrañas hermosas.



Eran buenos espadachines los que luchaban



*Samuel contempló con arrobó el retrato
de la mujer amada.*



*Justa se arrojó a los pies de Catalina
suplicando asilo y protección.*



*Catalina le detuvo con gesto decidido que se sobrepuso
a la heroica temeridad de Samuel.*



*— ¡Sería insensato no aprovechar esta propicia intimidad
para decirte cuánto os amo y con qué fuerza!*



*De rodillas ante el Dios en quien creía y al que adoraba,
recibió Samuel las aguas bautismales.*



*El Gran Inquisidor derramó en el alma de Catalina
el consuelo de su arrepentida.*



*Catalina se inclinó para besar la mano
de Fray Hortensio.*



Desde las cacerillas contempló Jarifa, con la muerte en el alma, la escena que se desarrollaba en el jardín.



Al fin los dos enamorados pudieron unirse en un estrecho abrazo.

aprendí los secretos de mi arte en la paleta de Tintoretto, Veronés y Ticiano. Pero me atraía España y vine a esta tierra seca, de panorama ardiente y alma desnuda. Triunfaban en Valencia Juan de Juanes, Berruguete y Becerra en la Castilla parada. Mas no pude sufrir la vida palatina y aposenté mis reales en Toledo. ¡Toledo! Ciudad de caballeros y de monjes, donde se apagaban las fraguas de los armeros antiguos y los capitanes cambiaban su armadura por el hábito monacal... Viendo el negro terciopelo de los devotos y el sayal de estameña de los monjes desfilando en las procesiones, concebí la idea de alargar las figuras como tallos de lirios. Y pinté miembros atormentados y retorcidos, bajo la luz siniestra de los relámpagos. Y las fieras tormentas lívidas sobre los panoramas desnudos. Y el Jesús en tortura de las Crucifixiones, bajo el rayo del Calvario sobre la Cruz redentora. No sé cuál influencia sea la que esta luz y este paisaje han ejercido sobre mí; pero nunca, hasta ahora, sentí el arte tan deshumanizado y tan dramático... Vedlo, con el retrato de mi hija — concluyó el gran pintor colocándose frente al cuadro que estaba terminando y mostrándolo a Samuel—. Esta es mi última obra.

Samuel contempló con arrobó el retrato de la mujer amada.

—¡Asombroso! — exclamó —. ¡Asombroso! Pero nada como esta maravilla... caro maestro — añadió, volviéndose a Catalina y quedándose absorto en la contemplación de aquella mujer exquisitamente bella que se había adueñado por entero de su corazón y de sus sentidos.

Mientras Samuel hablaba había entrado Gregoria y procurando que sólo Catalina oyera sus palabras, le dijo en un susurro:

—Salid presto. Alguien desea hablar con vos urgentemente.

Catalina se disculpó ante su admirador y salió, acompañada de Gregoria.

—¿Qué pasa? ¿Quién desea hablar conmigo? ¿A qué viene ese misterio?—inquirió Catalina, azuzada por la curiosidad.

—Digo, señora, que la morisca, esclava del orfebre, está aquí. ¿No recordáis quien digo?—indagó Gregoria con intención.

—¿Su criada?

—O lo que sea...

—¿Sospechas, quizá...?—interrogó Catalina, sintiendo su corazón ahogado por un dolor extraño.

—Lo mismo que vos... pero concluyo. Dice la esclava que quiere veros a solas y que no se irá sin

hacerlo, pues se trata de algo muy grave, referente al galán...

—Dile que no. El no ha venido aquí más que a venderme unas joyas y yo nada tengo que ver con ellos—replicó Catalina con firme resolución—. Que le espere en la calle si quiere.

—Me advirtió que no la toméis por amante celosa... y que la muerte amenaza a su señor—explicó Gregoria con calma perfecta y midiendo el efecto que sus palabras hacían sobre Catalina.

—¿Y has tardado tanto en decirme lo?—exclamó la joven con vivo sobresalto y exaltándose a medida que iba hablando—. ¡Ay, Gregoria! ¡Mal corazón! Oyes que es vida o muerte de Samuel... ¿y no la haces pasar? ¡Tienes el ánimo de piedra!

—Sosiegaos, señora. Aguardándoos está en vuestro aposento. Por vuestra seguridad era preferible que nadie la viera—explicó la dueña.

—¡Ay, Gregoria! La blanca luz de mi sosiego se oscureció... y la negra nube de este amor imposible pesa sobre mí como una amenaza...

—Pues afrontadla ya de una vez y salgamos de incertidumbres.

Entraron las dos en la cámara de Catalina donde Jarifa se hallaba aguardando. Al verlas entrar Jarifa se arrojó a los pies de Catalina suplicando asilo y protección:

—¡A tus plantas, cristiana, para mi amo te pido asilo y protección!—dijo, cruzando las manos.

—Alzad, buena mujer... y decid qué os trae por aquí—dijo Catalina, sin mirarla, queriendo aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir.

—No son celos, cristiana...

—¿Y por qué, ni de quién, iban a serlo?—replicó Catalina, queriendo mostrarse desdeñosa e indiferente.

—De ti... a quien mi señor tanto adora—confesó Jarifa con noble entereza.

—¿Que él me adora? ¿Y vos me lo decís?

—¿Ello te sorprende, cristiana? ¡Porque a mi vez le amo como tú no podrías hacerlo nunca y no deseo más que su felicidad!...

—Pero... ¿él? — quiso indagar Catalina.

Jarifa protestó con vehemencia:

—¡No, no, jamás he sido para él más que una esclava leal! Me acogió en su casa y me prodigó un respeto paternal y sagrado. Mas nunca puso en mí los ojos como de hombre a mujer... Pero aunque sé que se habría de reír cuando supiera mi amor... ¡antes que verle morir, moriría por él!

—¡Admirable mujer! — exclamó Catalina, vencida por la noblera

que vibraba en las palabras de la esclava y por aquel amor grande, apasionado, único, dispuesto a toda clase de sacrificios sin esperar recompensa alguna y mucho menos correspondencia por parte del amado.

—Pero... ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Gregoria que ardía en curiosidad y a la que no interesaban los amores de la esclava.

—¿Que le persigue la Santa Inquisición... y esto será su muerte! —gritó Jarifa en un gemido de angustia y desesperación—. Después que ayer salisteis del taller, me quedé a solas considerando que otra mujer me lo quitaba... ¡Toda la noche me pasó en el lecho como quien ha visto morir su esperanza, con los ojos clavados en la sombra, sin sentir ni llorar...! Hoy le seguí los pasos todo el día. Le vi llamar aquí. Me volví a casa y a poco llegó la Justicia a buscarle... Como no le hallaron se llevaron al viejo Samuel. ¡Pero vendrán a buscarle de nuevo! En tus manos está su salvación, cristiana... Sólo tú puedes ayudarle a huir... ¡Pero debe ignorar que se han llevado a su padre! De no ser así no aceptará tus propósitos... ¡A tus plantas, cristiana, te pido asilo y protección para él!

—Id tranquila —dijo Catalina que se había quedado pálida como

la muerte ante la noticia que la mora le daba—. Cuanto de mí depende podéis darlo por hecho desde ahora.

—Pues si le salvas, recibe tu premio... ¡Mas si le pierdes, que tu casita sea plagada de todos los males y que el castigo de Alá caiga sobre ti y los tuyos!

Marchó la mora, acompañada de Gregoria que la condujo hasta la puerta del zaguán, y quedó Catalina a media escalera, falta de fuerzas, sintiéndose desfallecer, angustiada y dudosa sin saber qué camino tomar para salvar a Samuel de aquel grave peligro que le amenazaba.

Apenas había salido Jarifa de la casa sonó en lo alto de la escalera la voz de Dominico que venía acompañando a Samuel, que también éste se disponía a salir sin sospechar que la Santa Inquisición le estaba persiguiendo.

—Y bien, señor Samuel—decía el Greco con su voz pausada y grave, llena de dulces vibraciones—. Muy complacido sé de vos si frecuentáis mi trato... Y puesto que están ahí mi hija y Gregoria —añadió, viendo a las dos mujeres junto a la puerta del zaguán—, disculpadme que no baje en gracia a la torpeza de mis piernas que ya cuentan sobrados años...

—Vos sois quien debéis disculparme tanto enojo como os he causado—dijo Samuel, saludando cortésmente a Dominico Teotocópuli.

—¡Dios os guarde! — saludó el Greco, despidiendo a su nuevo amigo.

Samuel bajó rápidamente las escaleras, atraído por la belleza que abajo le estaba esperando, y se dirigió a ella con intención de cogerle la mano para besársela:

—¡Catalina...!—exclamó, poniendo en aquel nombre todo el amor de su alma.

—Esperad — dijo Catalina retirando su mano prestamente—. Hemos de hablar un momento...

Se cercioró de que su padre se había retirado de nuevo a su estudio y dijo a Samuel en voz baja:

—Habéis sido delatado. ¡La Inquisición os busca! Ya han estado en vuestra casa a prenderos...

Un fuerte aldabonazo levantó los ecos dormidos del zaguán, resonando con siniestro golpeteo. Catalina palideció intensamente y en el rostro de Samuel se dibujó un gesto de extrañeza al que siguió otro de valentía y orgullo:

—Importuno es el que así llama—dijo, sonriendo—. Mas no para mí, que así me deja cautivo de vos.

—¡Es la justicia quien llamó a

esta casa!—exclamó Gregoria, asustadísima.

—¡Pronto, venid por la otra puerta!—dijo Catalina, cogiendo a Samuel de la mano y conduciéndole a la puerta trasera del zaguán.

Pero allí sonaba con insistencia la llamada, agitada por una mano impaciente.

—¿También por el huerto estará vigilada la puerta?—preguntó Catalina, mirando a Gregoria que se apresuró a cerciorarse de ello.

Volvió a poco con el rostro consternado.

—La justicia ronda la casa, señora—dijo.

—Entonces... ¿no hay por donde escape?—inquirió Catalina con una infinita angustia en su voz.

—¿Y eso os asusta? ¡Pues dejadme que salga y que responda!—exclamó Samuel valientemente—. Si teméis por mí... ¿qué ventura mayor puedo anhelar? ¡Abrid, Gregoria! ¡Que esta casa no merece ser ofendida por golillas y esbirros sin respeto!

Catalina le detuvo con gesto decidido que se sobrepuso a la heroica temeridad de Samuel.

—¡No! ¡De aquí no saldréis sino a seguro!—afirmó.

—¿Mas... cómo?—indagó él.

—Venid conmigo... Y tú, Grego-

ria, entretanto, ve el modo de irlos entreteniendo..

Condujo Catalina a Samuel hasta sus habitaciones y abriendo la puerta de su propia cámara le dijo con heroica decisión:

—Escondéos ahí... ¡que antes que os toquen a vos tendrán que habérmelas conmigo!

—Sería poco honroso si me hallasen... —murmuró Samuel, indeciso, no atreviéndose a hollar con su planta el íntimo santuario de su amada.

—No entrarán. Es mi cámara... —aseguró Catalina.

—¿Y voy a profanarla yo...? —preguntó Samuel con honda emoción, apreciando en todo su valor el generoso gesto de su amada.

—Para salvaros nada importa comprometer mi honor... Sabedlo de una vez, por si ello os obliga... ¡Quiero que viváis! —exclamó Catalina, confesando en aquel grito todo su amor.

Samuel quedóse atónito, contempló a Catalina conmovido y le tendió los brazos como si quisiera estrecharla frenéticamente en ellos, mientras murmuraba dulcemente, apasionadamente, su nombre:

—¡Catalina!..

Por un momento sintió la joven la atracción de aquellos brazos; iba a arrojarle en ellos y perderse en la

dulzura infinita de su caricia; pero la insistente llamada de la Justicia que redoblaba sus aldabonazos, la hizo reaccionar y dijo, apremiando:

—¡Silencio! ¡Siento voces! ¡Callad y no hagáis ruido... Ahí estaréis a seguro...

Gregoria, entretanto, había abierto con calma el portón del zaguán, recorriendo los cerrojos con mucho ruido y muy calmamente, para dar tiempo a que Catalina escondiera en buen recando al galán, sin apresurarse en absoluto ante las insistentes llamadas que redoblaban sus golpes fuertes y pavorosos que repercutían en todos los rincones del caserón.

Dominico, sobresaltado por aquella extraña manera de llamar, asomóse a lo alto de la escalera, miró al patio, vió que entraba el Santo Oficio y bajó con toda la precipitación que sus débiles piernas de anciano le permitían:

—¿Qué es esto? ¿La Inquisición en mi casa? ¿A quién se busca? —preguntó con un gesto de extrañeza y de angustia que no pudo reprimir.

—A un tal Samuel Hebraín que aquí entró, según los que le vieron —dijo el Inquisidor.

—No mienten los que le vieron. Aquí estuvo —afirmó Dominico, recobrando su calma—. Y aunque ig-

pero por qué se le persigue, motivos tendrán cuando lo hacen. Mas de aquí salió hace un instante. Sin embargo, registradme la casa, si queréis. ¡Toda es vuestra!

El Inquisidor saludó con profundo respeto al gran artista y murmuró, contrariado de tener que llenar en aquel momento las funciones que su oficio le encomendaba:

—Disculpad, Señoría... Vuestro nombre y fama sobrados son para que no sospeche de vos ni de los vuestros... Y si persisto en registrar es por si el mozo se burló de todos y encontró manera de escapar escondido hasta que pueda escapar sin ser notado.

—¡Pues ya tardando estáis en registrarme!—exclamó Domingo, que anhelaba ver pronto aclarado aquel asunto y mostrando que en su casa no podía esconderse ningún reo acusado por la Santa Inquisición.

Los golillas y corchetes que acompañaban al Inquisidor comenzaron a registrar minuciosamente primero la huerta y el jardín, los rincones del zaguán, las dependencias posteriores y todo lo que estaba en la planta baja, acompañados siempre de Gregoria que les precedía y alumbraba llevando en la mano un enorme velón.

Sabieron luego al piso superior y fueron registrando habitación

por habitación, no quedando rincón donde no se pusieran sus ojos, siempre ansiosos de encontrar lo que buscaban. Nada quedó por fiagar. Incluso el estudio del pintor y sus habitaciones particulares.

Sólo quedaba ya la habitación de Catalina, y a ella se encaminaron. Estaba la joven arrodillada ante una imagen, en actitud de orar, cuando el Inquisidor y sus corchetes llegaron allí.

—Bien... esta es la última habitación de la casa... —dijo Gregoria, dando un suspiro—. Sus mercedes lo han visto ya todo...

—¿Y esa puerta del fondo?—preguntó el Inquisidor, caminando decididamente hacia ella.

Catalina avanzó rápida, demudada y pálida, y se interpuso ante aquella puerta con decidido gesto de no dar paso ni al Santo Oficio:

—¡Es mi alcoba, señor!—dijo.

—Pido respeto para ella—suplicó Domingo, defendiendo a su hija—Nadie pase si de algo ha de servir mi palabra de honrado caballero.

—No pido tanto—replicó el Inquisidor, inclinándose respetuoso ante la joven—. Me basta mirar a vuestra hija para juzgar agrado ese aposento. Renuncio a registrarlo, y, con la venia de vuestra señoría, me retiro... ¡Dios guarde a Domingo Teotocópoli!

—¡El os guíe!—replicó el Greco, saludando a su vez.

Acompañados de Gregoria salieron el Inquisidor y los esbirros, quedando solos el pintor y su hija.

—¡Se me abrasa la sangre cuando pienso que ha entrado la Justicia en esta casa!—exclamó el caballero, sintiendo la indignación enfocarle sus demacradas mejillas.—No sé de qué le acusan al orfebre.

—Acaso... de no ser buen creyente... ¡Como nació judío!—murmuró Catalina con la voz temblorosa aún por la gran emoción sufrida.

—Pues, por su hidalgo aparentar, cristiano me pareció más bien—afirmó Dominico, paseándose muy preocupado a lo largo de la habitación. Luego de una larga reflexión murmuró, como si hablara consigo mismo:

—¡El orfebre judío! ¿Quién lo creyera?... Le imaginé tan noble y tan cristiano como el Conde de Orgaz...

Fué Gregoria la que interrumpió las meditaciones del anciano. Llegaba, como siempre, agitada, parlanchina, turbulenta.

—¡Gracias a Dios que os espanté los grajos! ¡Toda la casa en desorden está! ¡Dichoso orfebre! ¿Qué se nos da a nosotros lo que hiciera? ¡Está bien que a la fuerza nos registren y...?

—¿Callarás, Gregoria?—se impuso la voz de Dominico.—¡No me irrites más con tu necio hablar, que ya lo hicieron!

—Disculpe su merced... ¿Pongo la mesa?

—No he de cenar—replicó Tecocópuli, muy preocupado y sin apetito para comer nada después de la escena que le había soliviantado y agotado sus nervios.

—¿Por qué, padre? Ya es hora de la cena—insistió Catalina.

—El disgusto quitóme el apetito... Tú, si quieres hacerlo, no me esperes.

—Tampoco yo quiero tomar nada. He de comulgar mañana y así mejor recibiré al Santísimo—dijo la joven, muy nerviosa e inquieta, mirando, involuntariamente, a la puerta de la alcoba como si temiera ver salir de allí a Samuel y descubrirse ante su padre.

—Despiértame también—dijo Dominico—. Yo iré contigo para pedir a Dios que me ilumine en ese cuadro que encargóme ha poco el Rey Nuestro Señor. Si vas a comulgar a misa de alba, bueno es que te prepares como debes. Conque en la casa se recojan todos—ordenó Dominico, iniciando la salida hacia sus habitaciones.

—Un beso entonces, padre—ofre-

ció Catalina, sumisa—. Y el cielo te dé el sueño que mereces.

—Es cosa extraña que tema, sin saber qué es lo que tomo...—murmuró Dominico, andando con paso lento—. ¿Tú le viste salir? — preguntó a Gregoria, refiriéndose al orfebre.

—Por el huerto. Yo misma la cancela le abrí.

—La voz le tiembla todavía...

—¡Justo es que tiemble, la gentil paloma!—replicó Gregoria, mirando amorosamente a Catalina—. Su palomar llenóse de mochuelos que sin respeto a nada lo profanaron como pajar inmundo...

—¡De esta afrenta daré queja al Rey!—afirmó Dominico, alejándose definitivamente por el amplio pasillo.

Gregoria volvió a la habitación de Catalina y dijo, con su volubilidad y su ansiosa impaciencia:

—¡Corro a ver si ahora puede salir! No me fio de nada y esos pajarracos quedaban aún rondando la casa...

Catalina, cuando se vió sola, cerró la puerta que daba al pasillo y corrió a la de su alcoba, que entreabrió suavemente, mientras murmuraba en voz muy baja:

—Silencio... y no hagáis ruido...

Samuel salió de su escondite y

envolvió a Catalina en una larga mirada de amor.

—¿Oísteis?... — preguntó ésta, que temblaba de emoción.

—Todo—afirmó Samuel—. Y no eali a entregarme por no comprometer vuestro honor. Pero... ¿por qué me buscan? ¿Quién ha podido acusarme? ¿Tal vez Jarifa?...—preguntó, en un atolondrado tropel de confusiones.

—¡No! — exclamó Catalina con vehemencia—. ¡A ella, que vino a prevenirnos, deberéis vuestra salvación, si lográis ponerlos a seguro!

—Lo logre o no... ¡nada me importa mi salvación! Lo que me importa es no seguir comprometiendoos—exclamó Samuel, decidido—. ¡Ni un momento más aquí! Mi vida nada vale para arriesgar por ella vuestra fama.

—Esperad... — dijo Catalina, deteniéndole, porque ya Samuel iba a salir decididamente—. Vamos antes...

Se acercó cautelosamente a la ventana, que se abría en ojiva esbelta y grácil sobre el cielo de la noche, y miró a la calle desde la habitación que estaba por entero sumida en sombras.

Abajo en la calle, montando guardia, estaban los golillas y corchetes de la Inquisición.

—Allí siguen... — murmuró Ca-

talina, mirando a Samuel que se había acercado a ella—. Tendréis que aguardar hasta que se vayan... Y mientras tanto, oídme: es necesario que huyáis de Toledo.

—¿Separarme de vos?... ¡Eso nunca!—aseguró Samuel con exaltada voz.

—Para que no nos separen por siempre, será mejor así — replicó Catalina con dulzura—. Lo tengo todo pensado... Marcharéis a Portugal... Gregoria os conducirá a casa de unos viejos sirvientes que os faciliten los medios de pasar a la vecina nación.

—¡No! ¡Yo no huyo cobardemente!

—Debéis hacerlo... por mí—suplicó Catalina.

Samuel la miró fijamente, como queriendo leer en su alma, y ella bajó los ojos, ruborizada de sus propias palabras.

Gregoria vino a interrumpirles, como siempre, inoportunamente, charlando con su inagotable verbosidad:

—Me he enterado de que los esbirros de la Inquisición tienen orden de vigilar toda la noche los alrededores de la casa... No intentéis salir... Sería perderos.

—¿Y qué hacer entonces?—preguntó Samuel, con profundo desaliento.

—¿Qué hacer? ¡Bah... todo tiene arreglo en este mundo! — aseguró Gregoria, hallando pronta solución. — ¿No son aquí dos los aposentos y dos las personas? Pues cada cual pasará la noche en uno de ellos y asunto concluido... Yo vendré por aquí de vez en cuando. Sentada en el corredor estaré, por si algo necesitan. Y andaré a la mira por ahí, para ver si se van... Como encuentre ocasión de que salgáis, acá vendré, en un vuelo, a daros suelta... si no me duermo antes... ¡Pero prometedme ser muy formal con la tierna cordera!—suplicó, con mucha intención, ya desde la puerta y antes de cerrarla para dejar solos a los dos enamorados.

Permanecieron en silencio mucho rato. La habitación estaba en sombras y ellos contemplaban la noche a través de la ojiva del gran ventanal. El cielo se mostraba sereno y sin luna, luciendo la maravilla de sus rutilantes estrellas que marchaban con paso firme por los espacios siderales siguiendo la ruta inmensa de sus trayectorias. Abajo, en la calle, se escuchaba el paso acompasado de los centinelas.

—Son ellos que siguen allá afuera... — murmuró Catalina, casi sin voz, temiendo ser oída.

—Hasta que sea de día no se irán—aseguró Samuel.

—¿Y entretanto?... — inquirió ella, con una angustiosa inquietud.

—Entretanto, ¿qué? ¿Cabe algo más sublime que este contemplarnos en silencio, sin decirnos nada?—exclamó Samuel, acercándose tanto a ella que parecía querer abrazarla y fundirse en uno solo sus dos cuerpos—. ¿Cabe algo más sublime que amarnos con la fuerza de este amor que el mismo destino nos impone?

—Tal vez tengáis razón... ¡Es la fatalidad quien lo ha dispuesto así! —susurró la joven, dejándose envolver por aquel amor que se le ofrecía tan espontáneo y tan arrollador.

—La muerte me buscaba y me seguía... Pero haciendo el amor de carcelero, me retiene aquí para robarle su presa, hasta que brille el lucero de la mañana... ¿Y pretenderéis que hagamos de esto un singular velatorio encendido a la frialdad de la razón? ¿Queréis que no hablen los sentidos, cuando los corazones están diciendo a voces lo que sienten? ¡No, Catalina, no!—exclamó Samuel dejándose llevar de un apasionado arrebató que fué venciendo la voluntad de la amada cegada por el deslumbrante arrobo de aquellas palabras que vibraban en su alma como la más incomparable de las músicas—. ¡Sería in-

sensato no aprovechar esta propicia intimidad para decirnos cuánto os adoro y con qué fuerza!

—Por caridad, Samuel...—suplicó Catalina, completamente rendida—. ¡Os tengo miedo! ¡Pensad que con una sola llamada puedo causar vuestra perdición!

—¿Y qué me importa ya, sabiendo que me amáis?—replicó Samuel, acosándola cada vez con un apremio más firme y más dulcemente tierno—. ¡Devolvedme a la muerte, si queréis! Mas no sea sin que antes robe a la presa carnal de vuestros labios el divino broche de un beso que sella los míos al morir...

—¡Oh, qué espantosa noche! —exclamó Catalina, intentando apartarse, pero sintiendo que la fuerza de su amor era más potente que su voluntad—. ¿Así me pagáis el haberos ocultado? ¿No podéis respetarme y contener el pensamiento pecador?

—¡Respetar!... ¡Contenerme!... ¡Oh, no, imposible!—dijo Samuel, cogiéndola entre sus brazos con resolución y buscando sus labios que logró prender en una caricia infinita, avasalladora—. ¡Amaros... y morir en el tormento!—dijo, perdiéndose los dos en aquel arrullo maravilloso de un amor desbordado, impetuoso...

* * *

Por las vidrieras del gran ventanal comenzaba a entrar la luz del amanecer, una luz tenue, irisada de grises pálidos, que daban a la estancia un aire misterioso y romántico, como si flotara en él todavía el effluvio exquisito del amor.

Catalina, recostada en un sillón, lánguida y bella, con la belleza excelsa de la mujer apasionada que ha sabido entregar su alma y su vida a la angustia infinita del amor, contemplaba a Samuel con un dulcísimo reproche en sus ojos:

—No quisistéis tener piedad de mí... ¡y Dios no perdona este pecado!

—Si El es todo amor, como decís vos, tendrá que perdonarlo, porque El es la misericordia infinita para los pecados de amor...

—¿Nunca habéis rezado el Padre Nuestro?—preguntó Catalina, emocionada por las palabras de Samuel.

—No sé qué queréis decir.

—¿Queréis rezarlo conmigo?—preguntó Catalina, levantándose y tomando de la mano a Samuel, en un gesto de tierna solicitud.

—Querré, desde ahora, todo lo que vos queráis—replicó él, rendidamente.

Le llevó hasta el reclinatorio que había al pie de la imagen de Cristo y le obligó dulcemente a arrodillarse junto a ella.

—Ahora, repetid conmigo, poniendo la mirada en el Altísimo: Padre Nuestro, que estás en los Cielos...

Automáticamente, pero dócil y sumiso, fué repitiendo Samuel las palabras que Catalina pronunciaba con religioso recogimiento. No sabía bien qué era lo que estaba rezando. Sólo sabía, como le acababa de decir, que desde aquella noche magnífica, incomparable, bella de toda belleza, era su más rendido esclavo y haría siempre todo cuanto ella quisiera.

* * *

Aprovechando las luces del alba y la ausencia de los cabirros de la Inquisición que habían abandonado su guardia, decidieron que Samuel saliera de la casa, embozado en una capa y acompañado de Gregoria que tenía que llevarle hasta la casa de los antiguos sirvientes de Teotocópuli de los que Catalina había hablado. Ellos se encargarían de hacerle pasar a Portugal y, una vez salvado del peligro que ahora corría, ya haría Catalina cuanto fuera menester para reunirse a él, fuera como fuese, puesto que le amaba y no habría obstáculos que se opusieran a aquel amor más fuerte que la misma muerte.

Llegaron antes de que el sol hubiera asomado su rostro por encima de las montañas, y les recibieron Raimunda y el Zurdo, los dos viejos sirvientes del Greco, pobre matrimonio que vivía a duras penas gracias al esfuerzo y trabajo constante del buen hombre que era capataz de una barcaza que hacía la

travesía por el Tajo hasta tierras de Portugal.

Explicóles Gregoria el asunto que allí la llevaba.

—Son órdenes de tu ama, Zurdo —decía, queriendo encaquetar en la mollera poco sagaz del pobre hombre todo lo que debía hacer—. Esta noche acompañarás a este caballero importante hasta el lugar del Tajo donde escondes las barcazas. Ya allí debes dar con el medio de ponerle a salvo en Lisboa.

—¿Y si hay riesgo? —preguntó Raimunda con recelo.

—Y si lo hubiera, ¿qué? —replicó el hombre, con mayor nobleza—. ¿No le debo grandes favores al señor pintor? Pues la hora es llegada de corresponderle. Pero no sé cómo me las arreglaré...

—¡Torpe eres! —exclamó Gregoria, que a todo encontraba solución.

—¿Hay más que decir a tus hombres que se trata de un labrador de Talavera? Tiene parientes en Lisboa, donde le darán trabajo, y como no dispone de dinero para pagarse el

pasaje, lo pagará haciendo oficios de cargador y remero. ¿Está claro?

—¡Tú siempre fuiste avispada, Gregoria! Bien, dile a tu señora que esté tranquila. El usía corre de mi cuenta.

Aquella misma noche el Zurdo cumplió lo prometido llevando a Samuel hasta las barcazas del Tajo y Samuel entró a trabajar con aquellos hombres que cambiaban entre sí bromas y palabrotas ásperas, pero que se apresuraban a cargar la mercancía en las barcazas antes de que la noche les sorprendiera en la tarea.

Terminada la faena se sentaron en ronda para beber. Iba la bota de mano en mano y echaba cada uno de ellos su buen trago. Sólo Samuel permanecía un tanto apartado del bullicio y algarabía que armaban aquellos hombres, uno de los cuales le gritó, alzando en alto el pellejo:

—¡Eh, tú, bisoño, acércate acá, que a ti te toca también tu parte en esta tarea!

—¡Pero antes nos toca a los veteranos!—gritó otro apoderándose de la bota, y acariciándola con codicia añadió: ¡Que bien oronda estás para holgarme contigo, preciosa!

—¡Por Belcebú, no la dejéis tan haca que no aproveche a los demás!—suplicó el que estaba a su lado,

ansioso de echar un largo trago de tinto.

—¡Eh... allá va, tú... el dormido!—gritó el de turno a Samuel, que parecía hallarse a mil leguas de distancia de aquel lugar—. ¿En qué pensaba Su Excelencia? ¿Se deja por aquí alguna Princesa Micomicona?—añadió, riéndose con una estrepitosa y soez carcajada.

Samuel creyó del caso ponerse a la altura de aquellos hombres y rió también haciendo un esfuerzo mientras empuñaba la bota y bebía.

—Mañana tendrán con que refocilarse en el Zoco—dijo otro de los cargadores, que comenzaba a encender su pipa bien cargada de tabaco.—¿Leisteis el bando de la Inquisición? Se emplaza al vecindario a presenciar el castigo de un hereje, que será azotado en público.

Samuel se quedó, pálido el semblante, escuchando con atención, sobrecogido el ánimo, las palabras de aquel hombre que no sospechaba todo el daño que iba a hacer con ellas.

—¿El orfebre judío?—preguntó otro que también estaba enterado del castigo.

—¿Qué orfebre?—inquirió Samuel poniéndose en pie, sin poder contener su angustia.

—No se habla de otra cosa en la Judería. Hebraín el Viejo, cómplice y encubridor de un hijo suyo que

se ha escondido a la Justicia tras malherir a un cristiano linajudo...

—¿Hebraín el Viejo?—preguntó Samuel, sacando fuerzas de flaqueza, mientras sentía un frío mortal en todos sus miembros y un extraño temblor que a duras penas lograba dominar.

—¿Le conoces acaso? Como no estaba el hijo le prendieron a él... ¡Será cosa de ver danzar al viejo hereje bajo el látigo de púas del verdugo! — exclamó aquel bestial cargador que se frotaba las manos de gusto a la sola idea del suplicio que no podría presenciar.

Samuel tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no arrojarle sobre aquel hombre y deshacerle a puñetazos. Se contuvo y forzó su voluntad para que no se trasluciera su gran impresión, su inquietud cre-

ciente, su angustia sin límites. Esperó a que todos los cargadores y remeros estuvieran entregados al juego mientras esperaban la hora de partida, y luego, amparado por las sombras de la noche, que se habían ido apretujando en las orillas del río, fué desliziéndose entre los sacos con sumo tiento, sin producir ruido, procurando no despertar una sospecha ni llamar la atención, arrastrándose por el suelo cautelosamente, y cuando ya se creyó a suficiente distancia de las barcasas, se puso en pie y echó a correr con toda la fuerza de sus piernas hacia Toledo para llegar a tiempo de salvar a su padre, a su pobre viejo, al desventurado que tendría que sufrir un castigo innmercedo si él no lograba presentarse a la Justicia antes de que ésta cometiera aquel espantoso error.

* * *

Hallábase el Greco en su estudio pintando el retrato del Inquisidor Mayor, don Fernando Nuño de Guevara, hombre de majestuoso porte y mirada profunda, aristocráticos modales y correctas facciones, magnífico modelo para un pintor de la talla del Greco. Cerca del ventanal estaba Catalina, cosiendo atentamente en apariencia, en realidad sumida en hondas y tristes reflexiones que la tenían como ausente del mundo, pensando única y exclusivamente en aquella noche que había sido para ella la revelación suprema de la vida y que ahora pesaba sobre ella, como la vida misma, cuando ya se ha saboreado de ella todo el néctar divino de sus flores.

—Descansad, don Fernando— dijo el Greco a su ilustre modelo—, el os fatiga la excesiva quietud a que os obligo.

—No, Dominico. Y menos arrobado en contemplar, como desde aquí contemplo, la angelical figura de vuestra hija.

—Gran señor, ofende a los ánge-

les Vuestra Eminencia diciéndolo que dice.

El Inquisidor sonrió benévolo y siguió en su postura, impasible. Pero vino a interrumpir, como siempre, Gregoria, que traía un pliego urgente para Su Eminencia.

Rompió el de Guevara los sellos y se dispuso a leer el mensaje, después de haber pedido venia al pintor. Luego, doblando de nuevo el pliego, dijo con tranquila voz:

—Nada importante, pero sí con apremio. Habremos de acabar nuestra sesión antes que otros días, Dominico. Dícenme que se ha presentado a la Justicia del Santo Tribunal que presido, el hijo del viejo Hebraín... ese judío que intentó asesinar a cierto prócer toledano.

Un quejido se escapó de la garganta de Catalina.

—¿Qué ha sido?—preguntó el Inquisidor, mirando a la muchacha.

—Nada... señor... me pinché un dedo sin querer—explicó Catalina conteniendo sus lágrimas y su angustia—. Con vuestra licencia voy

a remediarlo. Sangré al pinchazo y mancharia, si no, los lenzuolos que bordaba.

También Dominico se sintió turbado por las palabras del Gran Inquisidor, titubeó en las pinceladas que iba a dar, vaciló un momento y luego, dejando la paleta y los pinceles, dijo:

—En verdad que no es hoy la luz tan propicia como para nuestra pintura precisara. Por otra parte, me encuentro un poco fatigado. Si os parece podemos dejar...

—Sí, sí. Ya os dije también que este asunto me obligaría a retirarme más temprano — replicó el de Guevara poniéndose en pie y disponiéndose a marchar.

Acompañólo el pintor a través del pasillo, pero al pasar ante la puerta de la habitación de Catalina, salió Gregoria desolada gritando:

—¡Mi señora se ha desmayado! Voy a llevarle un cordial.

—¿Pues qué fué?—se interesó el Inquisidor.

—Sin duda la vista de la sangre del pinchazo—se apresuró a decir Dominico, para quitar importancia a lo que tanto le estaba inquietando—. Yo mismo iré en su ayuda. Avisad vos, Gregoria, a los familiares del Gran Inquisidor que aguardan en el zaguán. Su Eminencia se

retira. ¿Me disculpáis?—interrogó, dirigiéndose al Gran Inquisidor con la más cumplida y caballeresca reverencia.

—¿Podría hacer otra cosa? Id cuanto antes y no os cuidéis de mí —contestó el de Guevara, alejándose lentamente, mientras Dominico corría a auxiliar a su hija a la que encontró reclinada en su lecho, pálida y ojerosa, como si estuviera sin vida.

—¿Catalina, hija mía! — exclamó el Greco corriendo a ella—. No puedo creer que la vista de unas gotas de sangre te dejara privada de sentido. ¿Qué otra causa fué de ello? ¿Tal vez lo que ese pliego decia del orfebre? — inquirió, dando en la llaga.

Catalina se abrazó fuertemente al cuello de su padre y rompió en un llanto desolado, murmurando entre sollozos incontinentes:

—¡Padre! ¡Morir prefiero y acabe esta agonía!...

—Si te oyera Fray Hortensio te echaría una buena penitencia, pues gran pecado es desear la muerte, pero, ¿cuánta turbación nos ha traído la visita del manco! Y todo porque... ¿te has enamorado de él, no es cierto?

—Sí, padre—confesó Catalina—; Tanto, que le oculté en mi aposento y le preparé la fuga!

—¿Tú hiciste eso? — preguntó Dominico, lleno de asombro—. ¿Por quien trató de asesinar a otro y no pertenece a nuestra ley de Dios?

—Lleváis razón en esto, padre mío. Samuel tiene la desventura de no haber sido llamado por el camino de la verdad. Pero lo otro, no... ¡Jamás trató de asesinar! ¡Luchó en defensa propia! Y ahora...

Los sollozos la interrumpieron nuevamente y no pudo seguir hablando. Su padre quiso consolarla, pero no hallaba palabras que decir a aquel dolor desbordado. En aquel momento, como enviado por Dios, llegó Fray Hortensio.

—A tiempo llegáis, buen Fray Hortensio—le dijo el Greco—. Ya sabéis lo sucedido con el orfebre, porque en el templo os lo conté... Pues ahora resulta que mi gacelilla suspira enamorada del doncel... ¡Y como el doncel parece ser culpable!...

—Ya el Gran Inquisidor, saliendo de aquí, me lo ha referido—replicó el fraile.

—Pues quedáos con Catalina y ved si vuestra sabiduría acierta a tranquilizarla. Yo no me siento capaz.

Salió el pintor, cabizbajo y vencido por los acontecimientos, y quedó el fraile junto a la joven, que

segua sumida en la más angustiada tristeza.

—Hija mía, sóségate — le dijo Fray Hortensio con infinita dulzura—. Es imposible que la Providencia le abandone si no hizo mal.

—Pero si permiten que le den tormento, que le martiricen y, sobre todo, si ha de morir... ¡yo no podré sobrevivir a mi deshonor!—exclamó Catalina, dejando que el dique de sus lágrimas volviera a desbordarse.

—¿A tu deshonor? — inquirió el bueno de Fray Hortensio, con voz grave y lenta, llena de asombro y de dolor.

—Sí, padre—confesó Catalina con desaliento.

—¿Que fué capaz...? — inquirió Fray Hortensio indignado.

—No; no le culpéis a él solo—suplicó Catalina alzando la frente en un gesto gallardo, lleno de valentía y nobleza—. Además me prometió remediarlo... Aunque ahora, ¿cómo podrá, si le aprisionan?

Fray Hortensio la miró con infinita misericordia y movió la cabeza apesadumbrada:

—¿Qué fué lo que él te dijo?

—“Sufre y espera. Si existe el Dios al que rezar me has hecho, a Él entrego mi existencia y tu honor. Si hay justicia en tu Cielo, que

se cumpla. Y si mi inocencia se reconoce, seré tu esposo.”

Fray Hortensio permaneció en silencio un breve instante y luego, mirando con su mirada profunda y grave a la muchacha, le preguntó:

—¿Entonces tú le abriste los ojos a nuestra religión?

—Y a vos os toca completar mi obra—añadió Catalina, ya más tranquila, puesto que se sentía apoyada

y comprendida por el buen franciscano.

—Lo haré, hija mía. Llegaré hasta su celda y le llevaré la luz del Evangelio.

—¿Y le contaréis a mi padre...?

¡Yo no tendría valor para hacerlo!

—suspiró Catalina.

—Descuida, hija mía. ¿Y qué otra cosa puedo hacer que perdonarte?

* * *

Samuel, mientras esperaba el veredicto que había de dictar el Santo Tribunal de la Inquisición, se sentía reconfortado por las misivas que de Catalina le llegaban y por la presencia de Fray Hortensio, que había ido cada día a acompañarle y a enseñarle las grandes Verdades de nuestra Fe.

Catalina le escribía llena de entusiasmo. "No os olvido, Samuel—decía en una de sus cartas— y tened fe en que resplandecerá vuestra inocencia. Yo se lo pido a Dios constantemente, a este Dios mío que es el vuestro, porque sólo hay uno para todos los seres y vela también por los que dudan de El. Pero vos ya no dudaréis, ¿verdad? Fray Hortensio ha conseguido ser defensor en vuestra causa. Ya sé que os visita para llevaros con sus palabras de consuelo la seguridad de mi amor. Oídle recogidamente y meditación en cuanto os diga. Vuestra, siempre vuestra, Catalina."

El proceso se alargaba indefinidamente y Samuel sufría en silencio

y resignado la soledad de su mazmorra a la que llegaba, por medio de Fray Hortensio, la luz del amor de Catalina, que era la que alentaba su vida y sus esperanzas. También fué ella la que le ayudó a sobrellevar, desde lejos, el dolor de la muerte del viejo Hebraín, que no había podido resistir su desgracia y había sucumbido en la prisión.

Un día, Samuel preguntó a Fray Hortensio, cuando fué a visitarle:

—¿Se puede salvar a otros con nuestras propias obras meritorias?

—¿Tratas de hacer alguna que lo sea ante nuestro Redentor?— preguntó, a su vez, Fray Hortensio.

—Sí, padre, y no por mi propia salvación, pues nada me importa..., sino por la de mi padre, que no ha podido redimirse, porque no llegó a él la palabra de la Verdad Eterna, como ha llegado a mí... y por la de Catalina, a quien mi culpa tiene en pecado mortal... Examinad, Fray Hortensio, este dibujo que he conseguido hacer gracias a la generosidad de mi carcelero que me ha

proporcionado el papel y lápiz para realizarlo. ¿Qué os parece?

—¡Admirable!—exclamó el franciscano, asombrado ante la belleza del dibujo de una custodia maravillosa, delineada con mano de artista y espíritu de creyente—. ¿Serías capaz de realizar ese trabajo?

—Si me dan los medios para hacerlo...

—Poco he de poder, o los tendréis—aseguró Fray Hortensio.

El buen franciscano se afanaba ardientemente por conseguir la libertad del prisionero y hacer resplandecer su inocencia, pero los hechos le condenaban y la maldad de los hombres le acusaba despiadadamente. Don Luis Tristán, encendido en celos y odio, declaró abiertamente en contra del reo y dejó caer sobre él todo el peso de su acusación. El Tribunal tenía que fallar, forzosamente, en favor del caballero y en contra del judío a quien todo hacía aparecer culpable del delito que se le imputaba.

Aterrorizada por los acontecimientos que iban precipitándose, entregada por entero a su dolor y a su angustia, desafiándolo todo, Jarifa, la fiel esclava mora apasionadamente enamorada de Samuel, logró un día, cautivando a uno de los carceleros y cediendo a sus in-

tintos brutales, penetrar hasta la mazmorra donde Samuel Hehrain esperaba su momento definitivo.

Jarifa se arrojó, llorando, a los pies de su señor, y éste la levantó en un dulce gesto diciéndole con ternura:

—No llores, Jarifa; hay que ser fuerte. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—¡Con una ignominia!—replicó Jarifa, bajando la frente llena de rubor. Pero luego, reaccionando, fijó en él sus magníficos ojos y prosiguió: ¡Pero eso qué importa con tal de veros! ¡Ahora ya puedo morir! ¡Morir cuando vos... que es mi único deseo!

—¡No, de ningún modo!—replicó Samuel, exaltándose—. Porque yo muera no debes morir tú... Y si es cierto lo que dices, ahora lo harías en pecado mortal.

—¡Habéis como los cristianos!—murmuró Jarifa, extrañada.

—¡Y ojalá tú hables algún día de este modo! Voy a morir y la muerte no me asusta... ¿Sabes por qué? ¡Porque he encontrado el Camino, la Verdad y la Vida... puesto que he encontrado al verdadero Dios!... Oye, Jarifa, ¿nunca has rezado al Padre Nuestro? Ven, arrodíllate a mi lado y repite conmigo estas palabras consoladoras y divinas: "Pa-

dre Nuestro que estás en los cie-
los..."

Jarifa, obediente, fué repitiendo
aquellas palabras, sin comprender-

las, prendida únicamente en los la-
bios del amado en una sumisión de
esclava enamorada.

* * *

La noticia de que Samuel había
sido declarado reo del crimen que
se le imputaba, tenía a Catalina su-
mada en la más honda desespera-
ción. En vano se esforzaba su pa-
dre en consolarla. No había consue-
lo para la desdichada tanto menos
cuando sentía en su seno palpitara
una vida nueva, una vida que había
de ser un gozo magnífico para cual-
quier madre y que era para ella el
más terrible de los dolores, la más
desgarrante de las angustias.

—¿Cómo queréis que no llorc ni
me desesperé, padre mío? — gemía
la cuitada—. Esta alegría bien es-
tuviera si alegrar pudiera al que,
lejos de aquí, gime entre hierros.
Pero, ¿cómo puedo hacerlo, si mien-

tras en mí se apresta a nacer una
nueva vida, la vida de su padre va
a extinguirse bien pronto?

—Imploraré el indulto. Hablaré
al Gran Inquisidor. Llegaré hasta
el Rey, si es preciso—dijo Domini-
co, ansioso de salvar la vida de
aquel hombre, que era tanto como
salvar la vida de su propia hija y
la del hijo de su hija... de aquel ser
que iba a prolongar su estirpe.

—¡Oh, padre mío, nada consigui-
réis! Ya nada me queda más que
pedir a Dios que Fray Hortensio
acabe su obra y que, antes de morir
Samuel, le ilumine la luz de la ver-
dad, para que mi hijo lo sea de pa-
dre cristiano.

Y como si Dios hubiera escucha-

do desde lo alto aquella súplica salida de lo más entrañable de un corazón enamorado y dolido, en aquel momento Fray Hortensio completaba su obra. De rodillas ante el Dios en quien creía y al que adoraba, recibió Samuel las aguas bautismales, esperando que llegara el momento supremo de su martirio y de su muerte como castigo a un crimen que no había cometido, castigo que aceptaba sumiso para redimirse de los pecados de los que no le acusaban los hombres, pero de los que le hacía reo su propia conciencia.

Había terminado, para entonces, el dibujo de la magnífica Custodia que parecía inspirada por un genio celestial, y Fray Hortensio se lo llevó consigo, diciéndole:

—Lo que la intercesión humana no ha podido conseguir, puede que lo consiga el poder maravilloso de vuestra inspiración. Tened fe y no perdáis la esperanza, hijo mío.

—Me entrego por entero a la voluntad de Dios—replicó Samuel, renunciando a todo y dispuesto al supremo sacrificio.

Pero todos velaban por él. Fray Hortensio, trabajando activamente por conseguir su absolución. Catalina, rezando día y noche para impetrar clemencia del que todo lo puede. Jarifa, arrojando todos los peligros por conseguir llegar hasta

el Gran Inquisidor en demanda de auxilio para su amado.

Y como no encontrara medio mejor de llegar a él, corrió en busca de Catalina.

—Señora, ya tú sufres como yo sufro—le dijo, arrojándose a sus pies, después de haber conseguido llegar hasta su cámara.

—¿Qué nuevas me traes? ¡Tu dolor me espanta!—exclamó Catalina con angustia.

—Murió Samuel el Viejo en la mazmorra y el hijo lo sabe. Lo sabía ya cuando yo le vi...

—¿Que has visto a Samuel? ¿De qué manera? ¿Cómo alcanzaste lo que nadie pudo?—preguntó Catalina, atuciada por los celos—Dímelo y te regalo mis mejores joyas... ¿Qué he de hacer para que yo lo vea también?

—Ni las joyas, ni el oro, ni brocados, ni pieles bastan para llegar adonde llega el amor, que hasta a la misma muerte desafía—replicó Jarifa con altiva calma—¡Fue un sacrificio horrible, pero necesario! No quieras saber cómo lo conseguí... ¡Aquel hombre espantoso!... ¡Aquel carcelero inmundo!

—¿Fulste capaz de...? —inquirió Catalina, con un gesto de espanto y de repugnancia, comprendiendo lo que Jarifa quería decirle.

—Era mi único talismán... y lo utilicé. ¡Y conseguí verle y hablarle! Me apreté entre las suyas mi mano... me las mojó de llanto... y me dijo: "Si como tú viniese a verme Catalina, aun me quedaría en la tierra un punto en que esperar y al que acogerme en mi aflicción... ¡Pero ella no vendrá! ¡No vendrá!"

—¿Esto te dijo? ¡Pues hazle saber que iré, mi fiel Jarifa, que no habrá obstáculos imposibles para mí! ¡Que no sabe de lo que es capaz una mujer enamorada!—exclamó Catalina, arrebatada por el entusiasmo y por la ceguera de su pasión.

—Pero si tú hicieras una locura... Samuel no te la perdonaría. A mí sí, porque yo, ¿qué puedo importarle?—murmuró Jarifa con una honda y desolada amargura en su voz. —De otra cosa dijo que te hablara también. De su conversión a tu fe. De su ciega confianza en vuestro Dios y de la serenidad con que espera a la muerte desde que cree en El.

Gregoria entró a interrumpir. El Gran Inquisidor llegaba. Era preciso que Jarifa saliera inmediatamente de la casa.

—¡El Gran Inquisidor!—exclamó Jarifa, con los ojos agrandados por una idea enorme— ¿Y no hacéis que interceda en favor de Samuel?

¡Pues yo lo haré por vos, estad segura! ¡O Samuel a salvo... o el de Guevara! —murmuró la mora, saliendo rápidamente de la habitación, sin concluir la amenaza que encerraban sus palabras.

El Gran Inquisidor posó ante el Greco para que éste pudiera continuar su trabajo magnífico en aquel cuadro que le reproducía en toda la grandeza de su cargo, y, como era natural, habló de lo que tanto interesaba a los dos: del proceso de Samuel Hebraín.

—En vuestra mano está, Monseñor, la vida del joven Samuel—le dijo Dominico, sobre quien pesaba toda la tristeza y el dolor de su hija.

—Ya no—contestó el Gran Inquisidor—. La sentencia es firme y nada puedo hacer para que no se cumpla. Es decir, puedo retrasarla. Esta es la orden que he dado, habida cuenta de la consternación que en esta casa reina.

—Ya eso es motivo de gratitud por nuestra parte.

—No debéis ilusionaros, ni perder tampoco la esperanza, máxime cuando el hebreo en cuestión parece haber rectificado sus errores y entrado por la buena senda, labor, según creo, de vuestra hija y de Fray Hortencio...

Catalina entró a interrumpirles y,

dirigiéndose al Gran Inquisidor, cayó a sus pies de rodillas, llorando inconsolable.

—Vamos, no llores — dijo el de Guevara con dulzura, ayudándola a levantarse—. Fray Hortensio me lo ha contado todo. Muy grave es el caso, pero por mucho que lo sea mayor es siempre la bondad de Dios y El lo puede todo. Ven, acércate a mí. Quiero oírte para juzgar tu parte en esta causa... Dejados solos, Dominico — rogó, dirigiéndose al pintor, que tras hacer una profunda reverencia salió de la habitación.

El Gran Inquisidor derramó en el alma de Catalina el consuelo de su misericordia:

—Nada temas, hija mía. En este juicio tienes de tu parte al Tribu-

nal más indulgente de cuantos se dispusieron a fallar. Tu confesor de un lado; de otro, tu padre, cuya infinita indulgencia para contigo no hay por qué ponderar. Y aun por encima de ellos la piedad divina, representada por mí. Todo te abona y está dispuesto, nunca a la injusticia, pero sí a la gracia. Calma tu pobre corazón... Somos tres hombres que te queremos, cada cual de un modo, pero sinceramente... Vamos, habla... que ahora te oye Dios.

Catalina, entre sollozos y lágrimas, explicó lo que había pasado aquella noche, aquella noche divina y endiablada al mismo tiempo, que recorrió ante ella el misterio del amor y le dió la más intensa de las felicidades junto con la más infernal de las tragedias...



El tiempo había pasado en su curso implacable, ajeno al dolor y a la alegría, latiendo con su ritmo uniforme y lento y arrancando en cada palpitación un segundo de vida, sin atender a si estaba ella llena de angustia o colmada de goces.

Para Samuel Hebraín el tiempo había sido dulce y bueno. Sentenciado a muerte por el Tribunal de la Inquisición se había conseguido una prórroga de la sentencia para darle tiempo a que ejecutara aquella obra magnífica en la que estuvo trabajando durante algunos meses con todo el entusiasmo de su arte y todo el arrebato de su religión nueva en que vibraba una fe de creyente fervido, seguro de alcanzar el perdón de todos sus extravíos si conseguía realizar la custodia que su cerebro había ideado y que ahora sus manos hábiles y artístas iban trazando con la exquisita perfección que ponía en su arte.

—¡Acertaré en mi trabajo! —se decía, iluminado como de un poder sobrenatural—. ¡Acertaré, seguro

seguro estoy de ello! La fe y el amor me iluminan... Pero si no acertase, ¿qué? Creo en Dios... amo y soy amado y trabajo en mi arte, ¿qué más puedo pedir? ¡Ya puede venir la muerte cuando quiera...!

Y así dió el tiempo su vuelta completa en torno al año y volvió a amanecer la mañana gloriosa del día de Corpus Christi.

Toledo vistió, como todos los años, sus mejores galas. Pendían de los ventanales las ricas colgaduras y se adornaban con flores todas las calles y soportales para engalanar así el paso del Santísimo que recorrería las calles en solemne procesión.

Catalina estaba aquel día animada por una luz interior que la hacía resplandecer de belleza y ayudaba a Gregoria a poner guirnaldas y colgaduras en sus ventanas.

—Me complace veros tan animada—le dijo Gregoria, que ya no estaba acostumbrada a ver la alegría en el rostro de su ama, siempre triste y lloroso desde la nefasta noche

en que Samuel entró en aquella casa.

—Y sin razón lo estoy, cuando debía llorar inconsolablemente, pues aun cuando hayan aplazado la sentencia, sigo en la misma incertidumbre. Pero un extraño presentimiento me anuncia que hoy, día de gracia en la tierra, también lo será de alegría en mi pobre corazón, desgarrado por tanta calamidad como sobre él ha caído. Y date prisa, que las campanas voltean anunciando que el cortejo salió de la Catedral.

Se afanaban las dos mujeres, mientras Jarifa, que había entrado a formar parte del servicio de la casa del Greco, en agradecimiento a que gracias a ella se había logrado conocer la suerte de Samuel y se le había podido ayudar en los momentos más difíciles, iba y venía por el jardínillo, acarreando agua que bajaba a buscar a la cueva donde estaba el aljibe. Para Jarifa toda la alegría que vibraba en el ambiente no tenía sentido. Era mahometana y no conocía nada de nuestra sacrosanta religión. Para ella, además, no había cabida en su pecho más que a la religión de su amor, del amor encendido y ciego que sentía por Samuel, aquel amor que hubiera podido hacerla muy dichosa y que la hacía terriblemente

desgraciada, puesto que era un amor sin esperanza y sin consuelo.

Cuando Jarifa salía de la cueva, se detuvo un momento a la puerta de ella porque llegaba Fray Hortensio, acompañado de Tristán y del caballero italiano que siempre iba con él.

Fray Hortensio se acercó al Greco para saludarle y le dijo en voz baja, para no ser oído:

—Creo que su alegría será mayor, si no le advertí nada...

—En efecto, será mejor callar... Pero, ¿estáis seguro de que el Gran Inquisidor?

—Adelántese si quería verlo — interrumpió Fray Hortensio ante la duda que demostraban las palabras de Dominico.

—No es menester. Os creo. ¡Ay, Fray Hortensio, temo que este corazón ya tan cansado de vivir, no pueda soportar la buena nueva!... ¡Parece mentira que haya sido posible!

—Prodigios del arte y de la fe — arguyó Fray Hortensio.

—De la Fe, sobre todo — aseguró el Greco, con profundo respeto.

Luego se adelantó hasta Tristán, que le dijo, lleno de confusión y humildad:

—Maestro, vengo a pedir perdón y olvido por todo lo pasado. Quie-

ro, además, felicitaros por el dichoso fin de este suceso.

—¿Pero... sabéis ya...?

—Sí; ahora mismo lo acabamos de ver... ¡No se habla de otra cosa en Toledo! Y como parto para Italia con mi amigo, quise, a la vez, venir a despedirme... si no me negáis el honor de vuestros brazos.

—¿Yo, a mi discípulo querido?— exclamó el Greco, abriendo sus brazos generosos a aquel que tanto daño les había hecho—. ¡Venid a ellos, que todo está olvidado!

Se abrazaron efusivamente, con una honda y callada emoción a la que puso fin Fray Hortensio diciendo:

—Subamos ya, que los pífanos se acercan y la procesión debe estar muy próxima.

Se dirigieron al estudio del pintor y allí se reunieron con Catalina, que se inclinó para besar la mano de Fray Hortensio y luego, enfrentándose con Tristán, murmuró, entre extrañada y ofendida:

—¿Vos...?

—Sí, Catalina, y arrepentido de todo... ¡Y tan pasroso de haberos enojado como envidioso del joven Samuel por su buena fortuna!

—Catalina ignora cómo se han desenvuelto los sucesos—interrumpió Fray Hortensio ante el gesto de extrañeza y de vivo interés que se

había reflejado en el rostro de la joven—. Y desearíamos que... que no le adelantarais lo que ha de ver por sí misma y será motivo de su mayor alegría...

—Perdonad la indiscreción... Yo suponía... —murmuró Tristán, muy turbado.

—Pero, ¿de qué se trata?—indagó Catalina, presa de la más viva impaciencia.

—No tardaréis en saberlo. Asumémoslo y saldremos, por fin, de incertidumbres.

Catalina corrió a la ventana. Al pie de ella se hacinaba la multitud fanática y enardecida. Se escuchaba el repique de las campanas lanzadas a todo vuelo, en una algarabía de sonos que se mezclaba al redoblar del tambor y al sonido de los pífanos que anunciaban el paso de la procesión. Corría la gente en tropel buscando los mejores sitios para admirar el paso del cortejo, y el bullicio de la multitud se mezclaba a los acordes de la música y al repicar de las campanas.

Abraham y Job corrían también aquel día mezclados a la muchedumbre, pero ni la temían ni la rehuían, como hacía un año, cuando por primera vez acudieron a ver el paso de la Custodia.

—¿Será verdad lo que dicen?—

inquirió Abraham, extrañado y curioso.

—Mucho me temo que lo sea, ya que todo el mundo habla de ello— aseguró Job.

En aquel momento se impuso silencio a toque de clarín y la voz del pregón se alzó clara y sonora en medio del más absoluto y recogido silencio:

—¡Oigan los buenos cristianos y sirvales de ejemplo! El orfebre Samuel Hebraín, condenado a muerte por el Santo Tribunal y convertido al cristianismo, hoy ha sido inducido en atención a su fe y al fervor que puso en la construcción de la magnífica Custodia que ahora recorre nuestras calles, devolviéndole honra y libertad...

Avanzó pausadamente la Custodia bajo una lluvia de flores. Postrábanse ante ella los fieles, adorando al Santísimo y un murmullo creciente de entusiasmo se fué alzando hasta formar un grito atronador de:

—¡Milagro!... ¡Milagro!...

Tras la Custodia, en actitud digna, recogida y fervida, iba Samuel en medio de las más altas Autoridades de la Iglesia Y la Custodia avanzaba mostrando todo el resplandor de su belleza artística, del trabajo maravilloso realizado por las manos del orfebre, inspiradas por la divinidad en la que ahora

creía como el más fervido de los cristianos.

Al pasar bajo las ventanas de la casa de Dominico Teotocópuli, Samuel levantó los ojos hasta encontrar la mirada de Catalina, que se cruzó con la suya en un éxtasis de amor y de ternura infinitos.

Catalina abandonó el ventanal y bajó la escalera como si volara, al mismo tiempo que Samuel, como atraído por un mágico imán, abandonaba su puesto en el cortejo y corría hacia el portón que abrió de un empujón, penetrando en el jardínillo donde Catalina le estaba esperando con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

—¡Samuel!... ¡Samuel! — lloraba Catalina, no pudiendo contener su íntima emoción.

—¡Catalina, benditas lágrimas con que me recibes! — replicó Samuel, perdiéndose en la dulzura de aquel abrazo.

Desde las escalerillas que conducían a la cueva, contempló Jarifa, con la muerte en el alma, la escena que se desarrollaba en el jardín.

Al fin, los dos enamorados pudieron unirse en un estrecho abrazo, que sellaba la eternidad de su amor; y era aquel abrazo el que quitaba la vida a Jarifa, la desdichada esclava, que volvió a bajar rápidamente

te a la cueva, huyendo de aquella visión que le desgarraba el corazón y le hacía sentir las angustias de la muerte.

Se apoyó en el brocal del pozo y miró a la obscuridad de aquella sima que le ofrecía el olvido y el reposo de sus males. Jugueteaba con una flor que tenía entre los dedos; pero no se daba cuenta de nada, de nada más que de que sufría con un tormento que ninguna fuerza humana era capaz de sostener. Y como no la sostenía la fuerza divina de una firme creencia, única que da valor en las horas malas de la vida, Jarifa miraba, miraba sin mirar aquella honda sima que la atraía de un modo invencible y avasallador.

Catalina y Samuel, ajenos al dolor que su felicidad despertaba, se entregaban a la dicha de estar juntos.

—¿Sufriste mucho? — inquirió Catalina, recostándose dulcemente en el hombro de su amado.

—Sufrí. Mas de todos mis pesares ninguno como el de no verte — replicó Samuel, abrazándola estrechamente, como si temiera que fuera a desvanecerse como una visión. — ¡Ahora nadie ha de separarnos! Nunca pude soñar una ventura tan completa. Ella me hace que olvide mis rencores.

—No debemos sentir rencor hacia

nadie ni hacia nada, puesto que somos felices y que todo ha salido a la medida de nuestros deseos, aunque nos haya costado muchos meses de angustias y sinsabores.

—Tienes razón, esposa de mi alma. Durante estos meses que tan crueles han sido, sólo dos cosas ansiaba: verte de nuevo, tenerte junto a mí y, buscando a Tristán, hacerle morder la tierra y confesar su mentira... Pero ahora, teniéndote en mis brazos, sintiéndote palpitante junto a mí, tan pura, tan buena, tan bella... sólo puedo quererte y perdonar.

—Y haces bien — afirmó Catalina con una sonrisa de felicidad suprema — porque él también olvidó todo y se encuentra arrepentido.

—Sólo una cosa echo de menos en esta hora feliz — murmuró Samuel lentamente, como si pensara en algo que le hiciera sufrir.

—Decid cuál es... y yo os la daré si está en mi mano.

—¡Jarifa! — dijo el joven — ¡Mi fiel Jarifa! ¡Se portó tan heroicamente conmigo! ¿Qué habrá sido de ella?

Catalina volvió a sonreír. Sabía bien que el haber recogido en su casa a Jarifa había de agradar a su esposo. Complacida de poder mostrar que en todo había pensado, explicó:

—Jarifa está aquí, en casa... que

nosotros la recogimos para servirnos, agradeciendo todo lo que por ti hizo. No debe andar lejos.

—Busquémosla, Catalina. Quiero darle las gracias.

—¡Jarifa!... ¡Jarifa!—llamó Catalina, acercándose a las escalerillas que conducían a la cueva.

—¡Jarifa!—llamó, más potente, la voz de Samuel.

Pero nadie contestó. Los dos esposos bajaron precipitadamente la escalera, como llevados de un mismo presagio. Abajo no había nadie. Un silencio absoluto reinaba en torno al pozo. Se acercaron a él. Allí, en el brocal, quedaba todavía prendido entre los hierros un jirón del vestido de la mora. Y sobre el agua, negra y profunda, flotaba la

flor con que Jarifa había juguetesdo queriendo ahuyentar los pensamientos malos que asaltaban su mente alucinada por un dolor único y desgarrador: el dolor de ver en brazos de otra al hombre al que ella amaba tanto, tanto, que prefirió hundirse en la sima de la nada antes que soportar aquel angustioso dolor.

Catalina y Samuel se abrazaron estrechamente, conmovidos por la desgracia de la esclava. Y su abrazo fué tan íntimo y tan hondo que los dos sintieron que su amor era ya, y para siempre, invencible y fuerte como un acero bien templado, porque templado había sido al fuego del dolor, que hace fuertes los lazos que unen los corazones.

F I N

TITULOS EN EXISTENCIA

ARRIS "TRIUNFO" — PRECIO: DOS PTAS.
Amor inmortal, por Adina Harvey y Louis Jouve.
Mister Wong en el Barrio Chino, por Boris Baroff.

PRECIO: DOS PTAS.

Baja del momento, por Lisadette Culbert y Arnold Culbert.
Carnet de baile, por Marie Hill, Harry Mann y Maum.
Corona de oro, por Jack Williams.
La rosa sin un, por Victor Flabien y Marietta Chantel.
Suprema decisión, por Edwige Duménil.
Su amante en los periódicos, por Margaret Greenwood, Harry Martin.
Admirable esposa, por Jack Canova.
Aos que nunca amar, etc. Amabilia y Henry Ponda.
Una entre un millón, por Santa Benia y Don Ritchie.
Camino de gloria, por Libertad Lamasque.
El cadáver del amante, por Gina Cervi y Luisa Perida.
La luz sagrada, por Michelina Perrey y Marietta Chantel.
Vuelta al ayer, por Olive Bronck y Anna Lee.
La vida de Carlos Gordin, por Hugo del Carril.
Por otro quince, por Barbara Stanwyck y Robert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Anna Vahy y Fern Chabert.
Melodías eternas, por Gina Cervi y Conchita Montenegro.
Historia de una noche, por Sibilla Ginos y Santiago Arleita.
Luz, por Marie O'Brien.
Resaca de la luna, por Emma Grammatina y las Pals.
El joven Edison, por Mickey Brancy.
El explorador perdido, por Spencer Tracy.
Mi amante está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Sólo se vive una vez, por Henry Fonda y Sylvia Sydney.
El amor sagrado, por Corde Lombard y James Stewart.
El orgullo de los yanquis, por Gary Cooper.
El castillo de las nieblas, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Peter Lorre.
Mala de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Ella y su secretaria, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.
Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joe MacFama.
El jar de los cuervos, por Fitzche Tocc.
Esposa, viótor y catamora, por Loretta Young, Warner Baxter y Virginia Bruce.
Suez, por Tyrone Power, Loretta Young y Amabilia.
Te saca mi marido, por S. Helne y John Payne.
Siempre y así, por Laird Howard.
Recuerdos aquel día, por Claudette Culbert.
Mi vida de Adalberto, por Angelina.
El hijo de Stomperston, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
Eternamente tuya, por David Niven y Loretta Young.
El alegre bandolero, por Nino Martini, L. Lupin.
Tazala y la Siza, por Herman Brigg.
Hace un millón de años, por Victor Mature y Carole Landis.
La tía de Carlos, por Jack Benny.
Santos sinuados, por Randolph Scott y Kay Francis.

Un hombre increíble, por Melvyn Douglas y Juan Blondell.
Romance de Nueva York, por Louis Hayward.
El hombre que vendió su alma, por Simone Simon y James Craig.
Guantánamo, por Preston Foster.
Ha vuelto aquella mujer, por Melvyn Douglas.
La que pierden las mujeres, por Marie O'Brien y Melvyn Douglas.
Jack el destripador, por Laird Craig, Marie O'Brien y George Sanders.
Pelota montada del Canadá, por Gary Cooper y Madeline Carroll.
Se ha perdido una millonaria, por Fredric Marc y V. Bruns.
La mujer fantasma, por Juan Blondell y Ronald Young.
Amor y peripetias, por Tyrone Power, Loretta Young y Don Ameche.
Tropico de vidita, por Tyrone Power y Linda Darnell.
(Por la su decisión), por Santa Benia, Jack Oakie, César Romero y Carole Landis.
Alas y una pluma, por Don Ameche y Dana Andrews.
Sera desdicha, por Charles Boyer, Charles Laughlin, Edward G. Robinson, etc.
El amor y el mundo, por Bob Hope y Pamela Anderson.
El sargento increíble, por Henry Fonda y Margaret O'Hara.
Conocido hombre, por Laird Craig y Linda Darnell.
Vidas al jazz, por George Montgomery y Ann Rutherford.
El vencedor de Napoleón, por Robert Donat y Robert Mader.
La reina de la canción, por Alisa Fera, Don Ameche y Henry Fonda.
Luz, por Dana Andrews y Gene Tierney.

PRECIO: 3 PTAS.

¿Quién mató a Vicky?, por Betty Grable y Victor Mature.
La zarza, por Anne Baxter William Wythe y Talulah Bankhead.
Mi cuba favorita, por Madeline Carroll y Bob Hope.
No hay tiempo para amar, por Claudette Culbert y Fred Mac Murray.
Claudia, por Dorothy Mac Guire y Roland Young.
Alma rebelde (Jean Kent), por Orson Welles y Juan Fontana.
La casa de la calle 51, por William Wythe.
Se fue a ti mismo, por Tyrone Power y Joan Fontana.
Cuchetas desconocidas, por Marie O'Brien y Laurence Olivier.
¿Qué vida era mi vida?, por Walter Pidgeon.
Vivieron los duques, por Tyrone Power y Myrna Loy.
El cuervo, por Paul Muni, Gene Tierney y George Nutton.
El velo azul, por Gabe Mader.
Catalanes, por Humphrey Bogart, Ingrid Bergman y Paul Henreid.
Ora, amor y sangre, por Ferni Wiven.
La carga de la brigada ligera, por Errol Flynn.
El último refugio, por Humphrey Bogart e Ita Lupin.

PRECIO: 5/10 PTAS.

La carrera de Eusebio, por Jennifer Jones y William Wythe.
Bateros al alero, por H. Bogart.
Hasta que perdió jaltara, por Jorge Negrete.

PRECIO: 4 PTAS.

Tifón, por Carole Lombard

REKIE "TRIO" (Tres argumentos juntos). — PRECIO: 3 ptas.

Las llaves del cielo, por Gregory Peck.
Cita en los cielos, por Lon Mac Callister.
El capitán Kiddie, por Fred Mac Murray.

Mauritius, por Tallulah Bankhead.
Cordón Apomontani, por John Payne y Margaret O'Hara.
El gran villazgo, por Don Ameche y Lucetta Young.

Asa y el rey de Siam, por Irene Dunne y Ray Harrison.
El castillo de Diagonwyck, por Gene Tierney y Vincent Price.
Sole en la noche, por John Hodiak y Nancy Guild.

PRECIO: 3.00 ptas.

El pecado de Cluny Brown, por Charles Boyer y Jennifer Jones.
El casto, por Vincent Price.
Angelo duoble, por Alice Faye y Dan Andrews

REKIE "PRODUCCION ESPANOLA". — PRECIO: 2.50 ptas.

La Armonía San Sulpicio, por Imperio Argentina.
La hija de Juan Sorda, por Angelita, Pilar Muñoz y Carmen Amaya.
El 13.000, por Joaquina Hernández y Rafael Durán.
Peludo a bordo, por Lina Yegros.
Lucasilla, por Alfredo Mayo.
Si queráis y él, por Antonio Vico y Enrique Guiter.

Tecón, por Imperio Argentina.
Saracuta, por Alfredo Mayo.
Pimentillo, por Joaquina Hernández y Rafael Durán.
La doncella de la Duquesa, por Carmen Gracia y Lola Peña.

Unos pasos de mujer, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.
Los millones de Polichinela, por María Santalucía, Manuel Luna y Lola Peña.

Torchelino, por Estrellita Castro.
Si conocieras al Mayordomo, por María José Simó, Luis Prendes y Michel.
Legión de honor, por Emilio Sandoval, Matilde Nacher y Rosita Albá.

48 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guiter.
Siempre Mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guiter.

Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.
La niña está loca, por Joaquina Hernández y Manuel Merin.

Mi vida en tus manos, por Isabel de Pineda y Julio Peña.

Daizimantecoro cantos, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Un caballero japonés, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Cuapenent, por Lucky Rold y Carlos Mallar.

El hombre de los milanes, por Pierre de Andrieu.

Arrabida foransa, por Alfredo Mayo y Sybilla Morgan.

Cox los ojos del alma, por Matilde Viçquez, F. Fernández de Córdoba y Manuel Luna.

Ella, él y sus milanes, por Joaquina Hernández y Rafael Durán.

Macarena, por Joaquina Hernández y Miguel Llerca.

El fantasma y duña Juana, por Amparito Rivelles y Mary Delgado.

Agua en el, por Joaquina Hernández y F. Fernández de Córdoba.

PRECIO: 1.50 ptas.

Serenata española, por Joaquina Hernández (con tres canciones de Quintero, León y Quiroga).

PRECIO: 4 ptas.

Embudo, por Lola Flores y Manolo García (con siete canciones famosas de Quintero, León y Quiroga).

Reina Santa, por Maruchi Fresno.
La Lola suena a los Puertos, por Juanita Reina (con siete canciones de Quintero, León y Quiroga).
La fe, por Amparito Rivelles y Rafael Durán.

PELICULA GRAFICA. — PRECIO: 1 pta.

EL LIBRO DE LA SELVA
 EL LADEON DE BAGDAD
 TARZAN Y LA DIOSA
 EL ALMORE BANDOLERO
 BENDAS SINIESTRAS
 EL CAPITAN CAUTELA
 MARINOS A LA FUERZA
 LA QUIMERA DEL ORO
 TEXAS
 EL HIJO DE LA FURIA
 LOSE PAB DE LOCOS!
 GUADALCANAL
 ESTUDIANTES EN OXFORD
 ESMERALDA, LA ZINGARA
 HACE UN MILLON DE AÑOS
 LA TIA DE CARLOS
 JACK, EL DESTRIPIADOR

PRECIO: 1.50 ptas.

EL CIELO Y TU
 CIUDAD DE CONQUISTA
 LA NINFA CONSTANTE
 SU PROPIA REPUTACION
 ARSENICO POR COMPASION
 SHERLOCK HOLMES DESAFIA A LA MUERTE
 LA EXTRAÑA PAVANERA
 EL FILLO DELLA NA VAJA
 MURISON CON LAS NOTAS FIESTAS

PUBLICACIONES VARIAS

PRECIO: 2.50 ptas.

Cancionero de Ay, 130 canciones y 33 fotografías y biografías.
Cancionero Javal (Repertorio Alady-Lépe).
Cancionero "González María", sus rituales creaciones.

PRECIO: 2 ptas.

Cancionero "Roberto Foa", Las canciones más modernas de este gran artista. Biografía, Anécdotas, Sus mejores obras, Notas exclusivas.
Cancionero de Hoy, 150 folios, con las canciones de Jorge Negrete, "Soñando con música", "Música para él", "Melodías del Deseño", "Los tres caballeros" y toda la modernidad.
Cancionero selecto (con todos los modernos).
Cancionero "Estrellita y Lucero" (150 folios regionales). 4 pentas.

PRECIO: 4 ptas.

Cancionero "Quintero, León y Quiroga" (con sus más famosas y recientes canciones). 4 ptas.
Canciones y Bailes de España (repertorio de Conchita Piquer, todas las canciones de su repertorio actual).

Emociones cinematográficas de un momento (la vida de los "extrás" en los estudios); alegrías y sinsabores de los "extrás"; los secretos del cine). 3 pentas.
Márgas de humor, por Fidella Trimalción, 3 pentas (lectura hilarante. Optimista. Agradable). 3 pentas.
Baños de Fresa, por Antonio Lomán, 2.50 pentas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco-María Bistagor. Precio: 3.50 ptas.

Ortega, Manolito y Armas, por Juan Jara. Numerosas fotografías. — 2 pentas.





Editor: J. G. J. SOLER
Parral, 81 - Barretina